

BORRONES

CUENTOS

POR

J. VEGA BLANCO

(Beppo)

M. M. Fole

3900
PB 5130
CB11025700
Tfm 595412

BORRONES

J. VEGA BLANCO (BEPPO)

BORRONES



CUENTOS Y NARRACIONES



TIPOGRAFÍA DE JUAN A. MENÉNDEZ

LUGO.—1900.



BORRONS



Todos los cuentos que aparecen en este tomo han sido escritos y firmados con diversos pseudónimos para distintas publicaciones, cuyos directores los han acogido con excesiva benevolencia, alentándome á reunirlos en un libro, para que esos trabajos tengan editor responsable de sus faltas.

Olvido por un momento que trazar cuadros y describir tipos es cultivar uno de los más difíciles géneros del arte literario, y, seguro de que nadie habrá de descender al odioso terreno de las comparaciones, no quiero hacerme cargo de la pobreza de mis cuentos, equiparados á las obras maestras de ilustres cuentistas, que brillan esplendorosamente en el cielo de las bellas letras.

Por eso, evocando el recuerdo de las muchas y excelentes obras de esta indole, publicadas por literatos insignes, he creído aminorar el pésimo efecto que mi libro producirá, bautizándole con título tan adecuado como el de BORRONES.



PALABRAS DE LOS HOMBRES.....

I

Una poética tarde de verano hallábase muellemente sentado en uno de los bancos de la frondosa Alameda, aspirando el grato perfume de las mil olorosas flores que cerca de la fuente alzan airosas su flexible tallo, un joven decentemente vestido, y de simpático aspecto. Era muy conocido en la ciudad y llamábase Arturo Roca.

En su semblante echábase de ver la profunda tristeza que le agobiaba, y, por su mirada triste y melancólica, adivinábase algún pesar que abatía su corazón.

En tarde tan apacible el *boulevard* era un paisaje deliciosísimo; el cielo de un azul purísimo veíase allá en el horizonte, apenas empañado por vaporosas nubes; infinidad de pajarillos ocultos entre los pequeños árboles, cantaban tiernas endechas, persiguiendo enamorados á sus hembras; las golondrinas en rápido vuelo y con pasmosa ligereza, pasaban una y otra vez azotando con sus alitas las aguas del anchuroso pilón, haciéndolas saltar en cristalinas chispas.

Y, hasta el joven, llegaban las argentinas carcajadas de las niñeras, que en los otros bancos

sostenían animada conversación con algún fornido hijo de Marte.

Pero, para Arturo pasaba inadvertido cuanto ocurría á su alrededor, y, como si tratase de buscar siempre las notas tristes, solo despertaba de su letargo cuando, al cesar por momentos el amoroso concierto de hombres y aves, se percibía, en medio de un silencio semi-sepulcral, el monótono ruido producido por las aguas que caían hilo á hilo en el pilón.

En uno de estos momentos pareció salir de aquel éxtasis y colocó con cuidado sumo su elegante bastón de caña de indias en el extremo del asiento, encendiendo un precioso cigarro de Vuelta Abajo.

Como niño, al cual distrae cualquier cosa, púsose á contemplar el humo de su veguero, que en caprichosos espirales subía, subía, hasta perderse en la inmensidad de la atmósfera. Algunos amigos que paseaban alegres, saludáronle, pero ninguno se atrevió á acercarsele; habían notado en Arturo desde hacía tiempo un cambio muy brusco, que transformara por completo su carácter, atribuyendo tal mudanza á una hermosa morena, hija de rico comerciante que tenía su establecimiento en la acera ancha de San Francisco.

Llamábase Rosario, y aunque hija de padres españoles, ella había nacido y se educara bajo el ardiente sol de Cuba, siendo conocida por el cubano nombre de Charo ó Charito, como la llamaba Arturo.

Era muy metida en carnes, sin que esto fuese causa para afearla; antes por el contrario, estaba provista de ciertos encantos, capaces por sí solos de enloquecer á un gomoso *fin de siglo*. Tenía unos ojos velados por largas pestañas, extraordinariamente bellos. Su boca, entreabierta siempre por dulce sonrisa, parecía convidar amor. Peiná-

base cuidadosamente, dejando una trenza que en abundantes matas negras y sedosas, caíale por la espalda, destacándose airosa sobre el blanquísimo matiné. Anudado al cuello lucía con gracia sin igual un precioso lazo color rosa, dejando asomar por debajo de rica falda de encajes bonito zapato escotado.

Su voz semejaba armonioso concierto de hadas, y en su lenguaje y acento altamente cubano, parecía notarse la cadencia de melódica composición napolitana.

Así la contempló Arturo y no pudo menos de sentirse enamorado cuando la vió á la puerta de su comercio, donde solía pasar las tardes.

A una mujer de tan peregrina belleza debía suponérsele un bellissimo corazón; uno de esos corazones que hemos convenido en llamar *de oro*; pero no era así, siendo esto precisamente la causa de la tristeza de Arturo.

II

De Charo podía decirse que no tenía corazón. Sino era así, ¿cómo burlarse de manera tan grosera del amor puro é inmaculado del candoroso Arturo? Porque Arturo era bueno, y la adoraba con toda su alma; ella era su único pensamiento; para ella eran todos sus suspiros y por ella había abandonado sus más caros amigos, hasta obligarle á mudar de carácter.

Aquel muchacho alegre, comunicativo, enemigo siempre de la soledad, chistoso y despreocupado, se había vuelto taciturno, melancólico y hasta formal. La risa retozona que tan fácilmente se asomaba á sus labios, ya no brotaba jamás. Ahora no llevaba descuidado el irreprochable lazo de su flamante chalina, y á la de pintitas azules

sobre fondo blanco, había sustituido otra más de moda, pero acaso no tan elegante, de vivos colores con churriguerescos ramos.

Relacionábase con todos sus amigos, y á ciertas horas también solía acompañarles en sus paseos. Empero el Arturo de ahora no es ni la sombra de aquel Arturito. Y no vale decir que sea un falso amigo ó no se le aprecie como antes; á Roca, al simpático y cariñoso Roca, todo el mundo le aprecia y estima.

A pesar de su franqueza, de la sinceridad de sus conversaciones y de la amistad íntima que le une con varios jóvenes, camaradas antiguos de la escuela, cuando uno de estos le interroga acerca de su transformación y alejamiento, pónese triste, muy triste, ó bien sonríe alegre, y nunca obtienen contestación semejantes preguntas.

Aquella tarde acababa de tener una entrevista con su adorada, rompiendo para siempre los amorosos lazos que les unían.

Charo era una coqueta refinada y una mujer sin corazón; no obstante contar con un buen número de novios, jamás había amado; á todos fingía cariño y en realidad solo amaba el pasatiempo, divirtiéndole oír de labios de sus adoradores tiernas palabras y apasionados conceptos.

Era lo que se dice un Tenorio con faldas.

Conocedor Arturo de la enfermedad que le aquejaba, suplicóle varias veces que no le engañase; él preferiría unas prosaicas calabazas á un mentido amor, y sentiría muchísimo concebir halagüeñas esperanzas, que más tarde le habían de traer amarguísimos disgustos.

Hizole ella mil protestas y juró adorarle con toda su alma. Así lo creyó Arturo, poniendo una vehemencia tal en sus amores, que llegó á considerar imposible la vida sin la encantadora Charito.

Un día sorprendiéndola conversando con otro joven, y celoso la increpó con dureza; ella negó con femenina habilidad y el novio amoroso, y juzgando ciertas las afirmaciones de la hermosa, sufrió lo indecible, y hubo de reprocharse á sí mismo.

Más adelante adquirió el convencimiento de que era víctima de un miserable embuste, y aquella tarde tan apacible de verano, con inmenso dolor de su alma, prometió olvidarla.

¡Oh! Estaba furioso, no sabía que hacer, fatigado, vencido en la lucha interior por tanto tiempo sostenida y abatida su alma ante inesperada contrariedad, arrojó entre unas matas el encendido cigarro, y distraído, levantóse, encaminando sus pasos hacia la acera de San Francisco.

III

Pasó con altivez por delante de la casa de su novia, y pronto sintió que ésta le llamaba; volvióse nuestro joven y miró frente á frente á Charo, que con ternura sin igual y cogiéndole por la solapa del chaqué, le dijo:

—¿A dónde vás?

—No sé—balbuceó Arturo.

—Escucha—díjole zalamera—me querías tanto, y por una nimiedad, por cosa tan baladí me dejas? ¡Jamás creí que fueses tan bobito! No hagas caso de cuentos. Mira, es segurísimo que existen personas deseosas de dar al traste con todos los amores. Y á mi, que tanto me quieres, ¿vas á olvidarme por dar gusto á gentes tan necias? ¡Yo te amaré toda mi vida! ¡No seas así!

Arturo oyendo esto se le derretía el corazón; fascinado ante la mujer amada, hizole algunas timidas observaciones, y se declaró vencido, que-

dando convenidos en acudir como siempre á la hora de cita.

Despidiéronse los novios, separándose triunfante y satisfecho Arturo, aunque con dudas imposibles de resolver.

Charo no sería capaz de engañarle tan villanamente; debía profesarle gran afecto..... porque..... ¡para llamarle así! Y hablarle de tal manera.....! No, Charito tenía suficiente orgullo; si había dado aquel paso, fuera obligada por el corazón.

¡Olvidarme..... y la idolatro! ¿Preferir á *ese* mequetrefe que solo en un año *se echó* cinco novias? ¡Imposible! Ella le conoce; sabe que ese es incapaz de sentir pasión por ninguna mujer; de él me tiene hablado muchas veces y siempre, lo recuerdo perfectamente, en sentido poco favorable..... Pero; si es cierto esto, ¿por qué había de consentirle tantas confidencias?.....

No quería convencerme, á pesar de verlo..... ¡Ocho veces les he visto hablando! Y no me cabe duda, estaban citados: á la misma hora y en el mismo sitio. ¡Claro! Ella decía en casa que iba con Mercedes, su amiga, y se marchaba al *boulevard*..... En el banco inmediato al *invernadero*..... allí le esperaba *ese*..... ¡Oh! lo que es ahora, no volveré á verles juntos..... Me lo acaba de jurar hasta por el nombre de su abuela.

No hay duda; me quiere.

IV

Ensimismado, sin darse cuenta de lo que hacía, entró de nuevo en los jardines. Automáticamente, dió unas cuantas vueltas, consultó su magnífico cronómetro, y como marcase la hora en que solía ver á Charo con su rival, fuese en dirección al banco del *invernadero*; estaba desierto.

Anocheecía, densas sombras iban extendiéndose por todos los ámbitos del jardín; á los trinos de los ruiseñores había sucedido un murmullo sordo, producido por las innumerables conversaciones, que los paseantes sostenían á la vez que respiraban el puro ambiente, oreado por la brisa, y embalsamado por fragantes rosas. Entre la yerba, veíase de vez en cuando la verduzca luz de las luciérnagas; al vuelo rápido de las africanas golondrinas sucediera el vuelo, rápido también, de los oscuros murciélagos que, en su ceguera, chocaban algunas veces con las ramas de los arbustos.

Los jardineros daban por terminada la faena de riego, y á estos relevaban los faroleros que, con gran prontitud, encendían las elegantes farolas de gas fluido, esparciendo limpidos reflejos.

Arturo, más bien rendido por los dolores morales sufridos, que por el cansancio físico, sentóse en uno de los bancos, pasando revista á los paseantes, y entreteniéndose en mirar como cantaban sin cesar una porción de niñas que, cogidas de la mano y formando corro, con sus atipladas vocécitas, entonaban alegres canciones.

Distraíase Arturo con las hermosas niñas viéndolas poco después jugar á *las señoras*; una rubita, de azules ojos, carita angelical y aristocráticos modales, ordenaba y mandaba á las que hacían de hijas, distinguiéndose sus mandatos cariñosos, á la vez que enérgicos con estas, de los huraños y chillones con otras que desempeñaban el papel de domésticas. Una morenita, graciosa sin par, hacía de niñera y tomaba en sus tiernecitos brazos á otra más pequeñita, que se incomodaba y pateaba por no ir á la escuela.....

De pronto, un señor de cana barba, padre seguramente de la morenita, se la llevó, besando á guisa de despedida, repetidas veces en la frente, á las demás.

Ya ninguna quiso desempeñar el papel de cocinera; una porque temía manchar su vestidito blanco; otra, por no descender de maestra superiora á fregona, y todas cariacontecidas, abandonaron la comedia.

—¡Chinita!—dijo enseñando las manitas cerradas una traviesilla y de vivarachos ojuelos.

—A mí, á mí—corrieron gritando todas, y comenzaron de nuevo con los juegos del escondite.

V

Cuando más divertían á Arturo las infantiles expansiones de las niñas, vió acercarse, conversando en amorosa plática á dos jóvenes.

Como su asiento estaba casi debajo de reluciente farola pudo examinar á su sabor á la enamorada pareja, sin que esta se fijase en él. Ella era una esbelta morena que vestía elegante traje blanco; traía terciado sobre los hombros rico pañolón, y echado por encima el hermoso cabello negro. El vestía americana y pantalón claro, llevando con mucha gracia, echado atrás, el ceniciento sombrero hongo. Escuchaba atento las palabras de la silfide.

Al pasar por delante de Arturo oyó á ella que decía: Tú eres mi único amor, Arturo me divierte y solo como pasatiempo sostengo sus relaciones. ¡Está tan perdidamente enamorado el pobrecito!.....

Al mismo tiempo las niñitas de los juegos cantaban aquella tradicional copla:

*Un capitán de un barco
Me mandó un papel,
Diciendo si quería
Casarme con él.....*

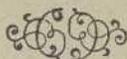
El joven del asiento, extraviada la vista y de-

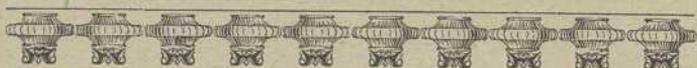
mudado el color, hallábase mudo de espanto; aquella muchacha que de tal modo se expresaba, no era otra sinó Charito.

Las niñas continuaban:

*Palabras de los hombres
Todas son falsas.....*

Arturo se levantó y entre risueño y ofendido, dijo al fin, fuera de sí, en alta voz: — Anda, anda..... y las de las mujeres.....?





PROMESA CUMPLIDA

El Sr. Juan hallábase hondamente preocupado, estudiando el medio de retraerse del vicio que le dominaba.

Aquella reunión á la que asistía puntualmente todas las noches le tenía muy disgustado, porque no era posible seguir viviendo de tal manera. Eso de encerrarse con tres camaradas, jugar á la *brisca* hasta las dos ó tres de la madrugada y salir ebrio como una cuba, retirándose á su casa cuando las mujeres del barrio concurrían á oír las primeras misas, constituía un escándalo, era un abuso incalificable.

Aquella vida no podía continuar así. Había que reformarse; era necesario seguir al pié de la letra el consejo de su mujer: buena vida y costumbres.

Así lo pensó el Sr. Juan, y en efecto, después de no poco trabajo, consiguió retraerse de la taberna, abandonando las cartas, la tertulia y el vino, que solamente saboreaba cuando un compañero de oficio se brindaba á pagarle un vaso.

Todo el mundo se hacía cruces al ver el brusco cambio que en el Sr. Juan se había operado. La mujer estaba muy contenta y refería á los

vecinos la buena nueva de su esposo, convertido en hombre honrado, trabajador y afanoso de reunir algún dinero para la vejez.

Siempre que al Sr. Juan se le hablaba de sus pasados excesos, de sus continuas borracheras, de las orgías diarias, de aquella vida desarreglada que traía, acostándose á la hora en que sus compañeros salían para el taller y levantándose cuando éstos se retiraban, después de haber ganado su jornal que él iba á derrochar sin tenerlo, haciendo el bajo oficio de ladronzuelo casero, porque robábale á la esposa los ahorros que escondidos en el jergón de la cama guardaba cuidadosamente; el viejo zapatero contristábase extraordinariamente y sus arrugadas mejillas surcábanlas una lágrima, que, escaldándolas, corría silenciosa á esconderse entre las canas patillas. Echaba atrás el sombrero, y, picando una tagarnina más mala que un veneno, procuraba distraerse sacando otras conversaciones y olvidando los pasados extravíos.

La casa del zapatero aumentaba tanto ahora cuanto disminuía entonces; había camas limpias y abundantes ropas, la despensa estaba medianamente provista, nunca faltaba media libra de carne en el puchero; y la mujer del Sr. Juan se había podido hacer un vestido para los domingos y fiestas de guardar.

La alegría no por eso había desaparecido de este hogar; por el contrario, las jaranas y bromas se sucedían con frecuencia, concurriendo algunos parientes y amigos, que, después de echarse al cuerpo algo bueno, bailaban á más y mejor al son del guitarrillo del Sr. Juan, quien tenía manos de ángel para puntear unas malagueñas como se cantaban cuando él servía al rey en la ciudad de la Giralda.

Con su voz de tenor algo cascada, entonaba cada copla tan picaresca, tan hermosa, que las

gentes todas del barrio, al oírle, quedábanse atónitas, deseando que las repitiese una y mil veces.

¡Cosa tan rara! Cuanto más bebía, mejor voz sacaba el Sr. Juan, más bonitas eran las coplas, la guitarra parecía que hablaba.... había en aquellas notas melancólicos recuerdos, alegrías sin fin, dichas de amor..... A la mujer se le encandilaban los ojos y satisfecha, llena de gozo, contemplaba á su Juan que le abrumaba con más piropos que flores ostenta la primavera.

Un día en que el Sr. Juan se había excedido un poco en la bebida, y en que su mujer estaba demasiado contenta, determinaron celebrar una fiesta espléndida, conmemorando el vigésimo aniversario de su matrimonio.

La fiesta celebrábase en casa y á ella serían invitados todos los parientes y amigos.

Echarían una cana al aire.

Amaneció el día señalado espléndido y hermoso, como suelen serlo los primeros días del mes de Agosto.

El sol inundaba con sus rayos dorados la misera casa del zapatero, haciendo más visibles las telarañas que del techo pendían, resaltando las negras ahumadas paredes y brillando, á la luz que por la chimenea entraba, las relucientes cacerolas y pucheros, que, congregados alrededor de las brasas, contenían los sabrosos manjares que habían de disfrutarse en la comida.

El Sr. Juan no cesaba de entrar y salir en la cocina preguntando á cada paso mil distintas cosas á su atareada mujer. Esta, remangadas las faldas, atado atrás el obscuro pañuelo y provista de una espumadera, destapaba una cacerola, retiraba del fuego la otra, aproximaba más aquel puchero, colaba la grasa en un plato, ó soplaba la lumbre con el mugriento abanico.

—¿Sabes si viene el tío Domingo?—decía su ma-

rido. ¿Has avisado á la Antonia? ¿Tenemos pollos con arroz? ¿Echaste peregil á este pisto? ¿Habrá también un platito de pescado?

—Sí, Juanillo, sí, todo está arreglado; déjame en paz si quieres, contestaba la interpelada.

—Pero mujer, parece que te incomodas. No hay motivo para que pongas ceño.

Y se marchaba para volver á los cinco minutos diciendo:

—¿Quiéres que vaya yo por la ensalada?

—Sí ya la tengo, Juan Machaca. No me marees, por Dios. Vete de juerga, hombre..... ¡Que no habías de volver aparecer hasta el toque de oraciones!

—Bien; me marchó; hoy es día de echar canas al aire. Hasta el toque de oraciones. ¿Adiós....?

—Vete con mil santos, meticón.

Y el Sr. Juan con su ropilla decente bajó silencioso la escalera, perdiéndose al final de la calle.

Llegó la hora señalada y los convidados fueron acomodándose en la mesa.

Entre chupada y chupada de cigarro los hombres, cuentos y más cuentos las mujeres, esperando, esperando por el Sr. Juan, transcurrió la tarde sin que alma de este mundo diese noticia del zapatero.

Ya entrada la noche, temerosos de que le hubiese ocurrido algún percance, salieron todos á buscarle, pero el anfitrión no aparecía por ninguna parte.

La mujer estaba inconsolable, lloraba como una Magdalena, arrepintiéndose de haberle mandado marchar.

Las cacerolas veíanse intactas cerca de las mortecinas brasas, y los comensales, con más apetito que un hambriento callejero, fueran desapareciendo poco á poco, decididos casi todos á

tomar un bocado en sus casas, porque la comida del zapatero llevaba trazas de pudrirse en los pucheros.

Así se pasó la noche sin que el fugitivo diese señales de vida por todo el pueblo, hasta que allá de madrugada, cuando comenzaba á despuntar el día llegó á la puerta de la casa, cayéndose, vociferando, con una *pílima* atroz y gritando:

—No dirás que no cumplo bien. Aquí estoy. ¿Terminaste de hacer el *frilido*?

—Picaro, bribonazo, vuelves á andar en malos pasos.....

—Oyes, cabeza de... de chorlito. ¡Están tocando á las oraciones!

Y efectivamente, tenia razón el Sr. Juan. En aquel momento daban el toque de alba las campanas.

Había cumplido su promesa.





POSITIVISMO

I

Despojóse Sarah de su hermoso abrigo de pieles; quitóse los guantes, dejando al descubierto el antebrazo, formado de nieve y rosa, y corrió á contemplarse en la magnífica luna que coronaba la chimenea de mármol.

En un elegante candelabro de cristal ardian seis bujías, inundando de luz el lujoso recinto, destinado á tocador, en el que reinaba ese desorden que deja tras sí una noche de baile.

Sobre la chimenea veíanse girones de gasas revueltos con flores, plumas, lazos, etc.; en una silla estaba blanquisima almidonada falda que no fuera del gusto de la dama; aquí, veíase abierto bonito estuche de raso que contiene los diminutos pomos de esencia; más allá papelitos de alfileres y horquillas invisibles; la tapadera de una caja sobre la que estaba puesta la finísima brocha de los polvos; los bien tallados frascos conteniendo olorosos líquidos, imperdibles de oro bruñido, tenacillas de diferentes formas y tamaños y otra infinidad de chucherías que parecían más bellas mirándolas en aquella revuelta confusión.

Sarah examinó con esa escrutadora mirada,

propia de la mujer, los prendidos de su blanco traje de baile, sintiéndose orgullosa al contemplarse tan bella.

Ninguna avería había sufrido su elegante á la par que sencillo tocado. ¡Ah! Si: un poco descompuesto tenia el peinado...

Alzó airosamente los brazos y las ricas piedras de sus aderezos reflejaron en el espejo mil chispas deslumbradoras; tomó diminuta horquilla y pronto quedó arreglado con la misma cuidadosa solícitud y esmero que al salir para la fiesta.

El puñadito de flores naturales que, coquetonas, lucía sobre el hombro, estaban tan fragantes y lozanas como si todavía se acabasen de arrancar de sus tallos; el precioso lazo color rosa que abrazaba su esbelto talle, sentaba muy bien al vestido, que no hacía desmerecer en nada la fama que gozaba de inteligente su modista; aquella camelia de encendido color, colocada como al descuido sobre el abultado incitante seno, destacábase airosa entre la nieve de su vestido. Y sus ojos negros y rasgados, eran hermosísimos, siendo el encanto de cuantos tenían la dicha de mirarse en ellos.

¡Si la hubiese visto Joaquín....!

Al recuerdo de este nombre querido, sonrió dulcemente la hermosa, y negligente dejóse caer en el forrado diván, dejando asomar bajo la asesina falda el breve pié, encerrado en gracioso zapatito blanco.

Apoyada la cabeza en la diestra, pasó por su mente, como relámpago que un momento brilla entre pardas nubes, todo un mundo de recuerdos. Repasó, meditándolas detenidamente, las peripecias del baile, las amorosas palabras de sus parejas, las pollas que habian asistido, sus trajes y adornos, y más que todo, fijóse en lo que le había dicho el capitán de caballería. No la dejara un instante, sus ojos la seguían á todas partes

y bien dejaba entrever la contrariedad que experimentaba cuando la veía en brazos de otro.

Si no fuese por Joaquín..... aquella noche hubiera hecho una conquista..... Vamos, el capitán la amaba con toda su alma; sus abrazadoras miradas, á veces voluptuosas y apasionadas, otras liernas y compasivas; sus frases cariñosas..... todo, todo denotaba el amor que latía bajo la azulada guerrera de cordones negros y plateados botones.

Pero Joaquín..... ¿me amará más que Joaquín? ¡Imposible! pensaba Sarah, mientras sus ojos se nublaban y oleadas de fuego hacían teñir de suhido color su rosado rostro.

Arrellenóse en el asiento, adoptando más cómoda postura y..... vuelta á pensar en su Joaquín ausente y en el capitán del baile.

II

Estaba mal humorada, indecisa, sin saber que resolución tomar y aquella noche había que decidir; su palabra estaba empeñada; prometiera resolver y no sabía como salir del atolladero. Su seno se alzaba y deprimía con la emoción que le embargaba; tenía frío y calor á la vez. Levantóse, dirigió de nuevo cariñosa mirada al espejo como pidiéndole su parecer; cerró los ojos ocupando otra vez el diván y estrujando entre sus dedos el fino pañuelo, quedóse meditabunda, llevándose de vez en cuando la mano al corazón que parecía saltársele.

Tenía dada su palabra á Joaquín, joven simpático, que empleado, había sido trasladado á otra provincia; él juró amarla toda su vida y Sarah juró igualmente que sus ojos jamás mirarían á otro. Todos los días recibía carta que ella contestaba, y siempre, en todas, Joaquín se mostraba

enamoradoísimo. En su última, recibida aquella mañana, prometiale verla pronto, anunciándole á la vez que haria algo por ver conseguido su deseo que sería también el de Sarah.

Abrigaba la esperanza de casarse en muy corto plazo.

¡Pero Joaquín no me brinda más que amor! exclamó en alta voz la bella, dando rienda suelta al llanto que contuvo, llevando á sus ojos el pañuelo, no sin que antes dos preciosas lágrimas resbalasen por sus mejillas, corriendo á ocultarse entre las casi marchitas hojas de la roja camelia.

¿Qué son ocho mil reales? Su sueldo no llega á nada; su posición..... ¡Dios mío, su posición!.... ¡Es pobre!

Un hombre por mucho que me adore sin dinero, vestido con una levita y sombrero de copa, ¿qué es? ¡Nada!

Cierto, con lo mío podríamos arreglarnos más que regularmente; viviríamos felices y con holgura. Mi familia está muy bien relacionada y no sería difícil un ascenso..... Pero este ascenso, ¿no estaría mejor empleado en el capitán, convirtiéndole así en un comandante..... Ahora sí: la elección no es dudosa.....

¿Y, si el militar no me quiere tanto como el otro? ¡Yo, por lo menos, no le quiero nada: es más, figúraseme que á nadie amaré tanto como á Joaquín..... ¡Bah! ¡Tonterías mías! Me acuesto: mañana..... ¡Dios dirá!

Levantóse, resuelta á llamar á su doncella que estaba roncando en el gabinete próximo; pasó en dirección á la puerta con majestad de reina por delante del espejo y de nuevo se detuvo delante de él.

¡Particularidad más grande! Mirarse al espejo, verse tan hermosa y acordarse del capitán, era cosa segura.

¡Cuánto mejor estaría ella, cojida del brazo de uno de caballería, con sus medias botas de charrol, ceñido pantalón azul, de plateada franja, ajustada guerrera y..... galones de comandante!

No, no quiero; amo al ausente que me idolatra. Sí, Joaquín querido, dijo fijos sus ojos en la alfombra y puestas en cruz sus manos, jamás, juro por lo más santo y sagrado, miraré á otro hombre que no seas tú!

—¡Pobre! ¡Querido de mi alma, perdona si por un momento dudé, llegando al extremo de preferir á otro que, después de todo, quizás no sea sinó un majadero que ignora lo que es amar!

Llamó á la doncella y pronto Morfeo cariñoso cerró tan bellos ojos, meciéndola entre sus brazos, que hasta muy avanzada hora de la mañana, no abandonó.

III

Al día siguiente, no bien hubo despertado Sarah, lo primero con que topó fué con el perfumado billete que sobre la mesa de noche había colocado la doncella junto á la carta que diariamente recibía de su Joaquín.

Rasgó el sobre del billete. Era del capitán que en apasionados conceptos expresaba su intranquilidad para saber si era correspondido y si podría abrigar alguna esperanza.

Tomó la carta y leyóla con avidez, sorprendiéndole las noticias tristísimas que en ella le comunicaba el novio.

El ministro decretara su cesantía, echando por tierra sus propósitos referentes al enlace que el día anterior le anunciara; pedía á Sarah que no le olvidase y bien se echaba de ver la tristeza que

al infeliz enamorado agobiaba, viendo muerta su más preciada ilusión.

La doncella entró para vestir á la señorita y terminada su labor se retiró, obedeciendo la orden de la encantadora Sarah, no sin manifestar antes que aquel billete se lo entregara, exigiéndole gran reserva, un elegante, aunque un poco viejo capitán de caballería, que esperaba la contestación para antes del almuerzo.

Libre de testigos, leyó varias veces una y otra carta, mostrándose compasiva con Joaquín. Sacó de su *secreter* el papel de cartas y escribió dos, cuyos sobres, cerrados, entregó á la doncella: uno para el capitán y otro para llevar al correo; al primero aceptando, y al segundo diciéndole que no se apurase, pues pensaba casarse con un capitán de caballería *próximo al ascenso*.....

Ante todo, lo positivo, pensó guardando la llavecita del *secreter*.

Y con aire de triunfo, loca de alegría, añadió en alta voz:

—Así como de los tiempos los presentes, de amores los últimos y que más se acercan á la vicaria.





EL RAMILLETE DE FLORES

¡Qué guapo y elegante era Fermín!

Todos le querían y tenían por joven de buen tono. Era socio del Casino y se codeaba con todo lo más granado y florido y aristocrático de la población.

Era, además, el organizador de los bailes con que el elemento joven de dicho centro de recreo, obsequiaba á las pollas de la buena sociedad.

Vestia con mucha pulcritud; con su gabán color café, sus anchos pantalones, su junquillo, con puño de oro, su sombrero hongo castaño y sus lentes calados sobre la saliente nariz, semejava uno de esos gomosos de Cilla ó Xaudaró.

Adolecía de dos defectos capitales, pues amén de ser un tanto pedante, era también muy corto de vista.

En todo lo demás Fermín era un bellissimo sujeto.

Gustábanle las mujeres, y un día se enamoró de Candidita Vergés, enviándole incontinenti una perfumada epístola, donde le pintaba lo intenso de su pasión.

Aceptó la bella Cándida el amor que le brindaba Fermín, y desde entonces era muy conocido por los vecinos de la calle del Progreso, donde se le veía frecuentemente, pegado á la tienda de un

zapatero, habitante frente por frente de la casa de su adorado tormento; allí la contemplaba extasiado, haciéndole enloquecer, sobre todo, sus negros y rasgados ojos.

El zapatero y sus oficiales enterábanse de las conversaciones que entablaban, ella desde el balcón del primer piso y Fermín desde la acera de la calle, haciéndoles reír no poco los suspirillos que á ambos se les escapaban.

A poco tiempo de estar en relaciones, Fermín no usaba los lentes, y, según los zapateros decían, había sido una exigencia de Cándida so pretexto de que le afeaban mucho.

Después del anochecer, por ser la hora en que D. Pedro, padre de Cándida, se hallaba fuera de casa, era la señalada para cambiar cartitas. Recorrieron todos los medios inventados hasta hoy para esta clase de operaciones, entre ellos el uso de un cordoncito que echaba ella por el balcón y en la punta del cual ataba Fermín su billete amoroso. Se valieron también del cartero, de la criada, en fin, de todo.

Pero siempre el picaro D. Pedro descubría las *artimañas*; y si no fuera por D.^a Gertrudis, su esposa, más de una vez hubiera medido con el bastón las costillas de Cándida, por andarse con tales majaderías, como él llamaba á los inocentes amores de los jóvenes.

Ultimamente habían decidido no escribirse, y aplazar para una hora más tarde las citas. De este modo no habría quien delatase á D. Pedro sus amores, ni se fijarían los transeuntes y zapateros vecinos.

No obstante, cualquiera que pasase de noche por la calle del Progreso, hubiera distinguido, apesar de la oscuridad, un bulto en el balcón de la casa núm. 107, y á Fermín en el extremo de la acera.

Para no ser vista y á la vez para oír mejor,

acurrucábase Cándida, y metía la cabeza entre las rejas del balconcillo, retirándola cuando venía gente y volviendo á conversar tan pronto pasaba.

Mas la fatalidad les perseguía.

Una noche, al ver llegar inesperadamente á su padre, no pudo, por más que forcejeó, sacar la cabeza de entre los hierros. ¡Qué angustia! Fermin se ocultó en el portal de enfrente: desde allí veía los inútiles y desesperados esfuerzos de la desdichada Cándida. Entró D. Pedro.

Fermin salió precipitadamente del portal.

—¡Por Dios, Cándida, somos perdidos!

—¡Ay, infeliz de mí!—exclamó ella.

Preguntó D. Pedro por su hija: corrió la madre al balcón: intentó vigorosamente libertar á su hija, pero apenas tiraba un poco chillaba la infeliz novia del gomoso. Llorando, refirió á su marido lo que ocurría, y los dos aparecieron ante la vista de Fermin, que, con el corazón en un puño, les contemplaba desde la calle.

Regañando con su mujer, con Cándida y hasta consigo mismo, mandó D. Pedro á la Maritornes en busca de un herrero que sacase de entre las rejas la preciosa cabecita de la pobre Cándida, víctima de su amor.

Llegó el herrero, y pegando unos martillazos en los hierros del balcón, pudo la joven, después de sufrir lo indecible, sacar la cabeza despeinada y descompuesta, cuyos cabellos formaban sin igual algarabía, semejando un pueblo amotinado.

Mucho tardaron en verse los novios después de tal suceso, porque la mamá no dejaba á sol ni á luna asomar á su hija á la ventana; lo cual traía á mal traer al desventurado Fermin, causa inconsciente de tantos disgustos.

Valiéndose, sin embargo, de un amigo íntimo de la familia Vergés pudo conseguir recibiese Cándida una cartita en la cual le pedía mil perdones.

¡Bien sabía Dios lo que sintiera el percance! Al mismo tiempo se quejaba de lo olvidado que le tenía, á pesar de aquellas protestas de amor que tan feliz le hicieran y terminaba pidiéndola un ramillete de flores como prueba de amor.

Contestó ella al margen de un periódico y escrito con lápiz, diciéndole, que el próximo domingo, tan pronto saliese su padre, es decir, al anochechar, se asomaría al balcón.

Llegó el tan deseado domingo: vió! Fermin en misa á Cándida, acompañada de D.^a Gertrudis, y cambióse entre los dos una mirada de inteligencia.

Al salir, y cogiendo el agua bendita, oyó que su amada le decía: Esta noche á eso de las nueve, espérame; te daré el ramillete.

Muy satisfecho quedó el enamorado Fermin, esperando la hora de la cita. Aquella tarde tomó café y después, contra su costumbre, bebió unas copas de manzanilla, fumándose también dos preciosos habanos.

A las ocho ya paseaba la calle del Progreso, y á las nueve en punto por el reloj de la Audiencia, sintió con gran contento suyo abrirse la ventana del segundo piso.

—No hay duda, ella es;—dijo para sus botones.

Aún no había aparecido la persona que la abriera, cuando nuestro joven, sombrero en mano y mirando hacia el cielo, esperaba ansioso besar el ramillete soñado.

En esta actitud estuvo como unos cinco minutos.—Quizá no me haya visto,—pensaba. Pero no bien lo dijo cuando ¡zás! una lluvia torrencial se le vino encima, poniéndole como polluelo caído en arroyo.

No fuera su Cándida la culpable, no: sino que D.^a Gertrudis, infringiendo las ordenanzas municipales, había arrojado el contenido de *cierto perol* que, rebosando, se hallaba debajo de la cama.

¡Pobre Fermin! ¡El que era tan guapo y elegante y no había visto jamás una mancha en sus vestidos!

Y lo que decía, corriendo como un desesperado:

—Afortunadamente no eran sino *aguas menores*, porque si llegan á ser *mayores* ¿cómo iba á componérmelas en casa?

¡Diríanme que me había metido en alguna letrina!





DESENCANTO

I

Dueño de una más que regular fortuna y solo en el mundo, Pablo sentía un aburrimiento que le corroía las entrañas, sumiéndole en profundísimas tristezas aquella vida monótona que hacía, sin tener quien le acompañase un momento, sin una persona á quien contar sus penas y sin hallar, por mucho que escudriñase entre sus más caros amigos, ninguno que pudiera inspirarle confianza suficiente para ser depositario de sus secretos á la vez que consejero experto que le guiase, para continuar su rumbo en el proceloso mar de la vida.

Estaba acostumbrado á las caricias que su tierna madre le prodigaba, tenía en su bondadoso padre un amigo al cual confiaba sus penas y sus alegrías; pero muertos éstos, ya no hallaba consuelo, solo en el mundo, desamparado, inexperto en los cuidados que sus haciendas exigían, sufría tanto que únicamente se encariñaba con los libros, leyendo las novelas y poesías que guardaban los estantes de su magnífica biblioteca, sufriendo con los personajes más ó menos reales que le presentaban los novelistas y exaltándose su imaginación con la lectura de los cortos renglones de los poetas.

A veces quedábase absorto, contemplando sin saber por qué la iluminada lámina en la que, dibujante y litógrafo, habían puesto á contribución su talento para representar, casi á lo vivo, una hermosa Venus surgiendo de las espumosas aguas del mar. Enamorábanle algunas frases y las leía y releía hasta saberlas de memoria; el diálogo que le gustaba, saboreábalo tres ó cuatro veces; y en más de una ocasión, cerraba los libros para cubrirse el rostro con las manos, derramando silenciosamente abundantes lágrimas por sugerirle la lectura el recuerdo de sus idolatrados padres.

A pesar de ser joven, fogoso y alegre, su corazón no latía; para él todo había acabado; su mirada era apagada y triste, sus labios purpurinos tornáronse blanquecinos y mustios; en vez de distraerle los amigos, sus conversaciones le daban pena, aburriéndose soberanamente cuando por complacerles, les acompañaba en sus paseos.

Deseoso de acabar la lectura de una hermosa novelita que le interesaba sobremanera, levantóse un día muy de madrugada y medio desnudo, sin lavarse siquiera, encaminó sus pasos al gabinete de lectura, ordenando á su sirvienta que le llevara allí el desayuno.

Cuando la criada entró anunciándole el chocolate hallábase terminando el primero de los dos tomos que formaban la preciosa novela. Estaba tal vez en lo más interesante, y, tomando á sorbos el soconusco, sin abandonar por eso el libro, deleitábase con la lectura del tema que el autor se proponía desarrollar.

«No hay cosa más hermosa en este mundo que una mujer que tiernamente nos ame» leía por última vez, aunque sin olvidarlo, disponiéndose á devorar el capítulo.

Varias veces sonrió Pablo de satisfacción pasando aquellas páginas, en las que con impone

rable brillantez de imaginación y haciendo gala de primoroso estilo, hablaba el autor de un hombre que solo, agobiado por tristes pesares, marchitas todas sus ilusiones, desesperado ya y cansado de la vida, había encontrado su felicidad, dicha suprema jamás concebida por él, uniéndose á una mujer bella, cariñosa y enamorada locamente de su esposo.

¡Qué tranquilos pasaban los días diciéndose amores, besándose cariñosamente, entrelazados sus brazos, en amorosos coloquios y sujetos ambos á las dulces cadenas del dios Amor!....

II

Pablo llegó á concebir la idea de la felicidad si, como el héroe de la novela, conseguía hallar una mujer que tiernamente le amase. Desde aquel mismo instante pensó en buscar una compañera que supliese á su madre en las caricias y fuese, cual su padre, fiel depositaria de sus penas y sus dichas.

Soñó despierto con la mujer que había de devolverle sus perdidos goces y la soñó tan hermosa, tan delicada, tan buena que dominado por avasalladora idea, decidió partir tras la ansiada felicidad. Si; su dicha estribaba en los lazos de Himeneo, en una mujer de excelente corazón; se casaría con un ángel, sería feliz como el personaje de la novela, pasaría los días y las horas mirándose en unos ojos grandes, rasgados y bellos, besaría mil veces la boca de su amada que le brindaría amor, la contemplaría estático, contando los latidos de su corazón por el de su esposa, cuyo seno se alzaría y deprimiría, y después..... padre de un niño de rubios cabellos como los ángeles de Murillo, disputaría á la madre sus caricias..... ¡Oh,

qué feliz voy á ser!, exclamó de repente cerrando el libro y disponiéndose á salir en busca de la felicidad soñada.

Vistióse de prisa, tomó su elegante bastón de caña de indias, lanzóse á la calle y comenzó á mirar detenidamente todas la mujeres que á su paso hallaba.

Recitando *in mente* la frase que tanto le había enamorado, no se fijaba en sus vestidos, no reparaba su clase y condición, y atento solamente al deseo que tenía, procuraba escudriñar, observando todas las mujeres á ver cual era la que más se parecía á la descrita en la novela, cual podría ser la que él había concebido en sueños. Mas, inútil empeño, ninguna hallaba que se semejase siquiera á la que su mente había forjado, todas las desechaba, aunque esperanzado y ansiando siempre tropezarla á la vuelta de una calle, asomada á un balcón, en el teatro, tal vez en un comercio.

Después de muchos é inútiles paseos, cuando ya comenzaba á declararse vencido, por no hallar una mujer como la soñada por su imaginación calenturienta, un día, contrariado y aburrido trás larga caminata por la mayor parte de la populosa capital, mareado, rendido, agotadas sus fuerzas y visiblemente malhumorado, penetró en un café, deseando descansar y se fué maquinalmente hasta el despacho, donde bellissima señorita, sentada indolentemente en magnífica butaca de raso verde, hacia *crochet*.

Apuró en seguida la copa de ginebra que le sirvió el mozo, sin quitar los ojos de la señorita porque, no había duda, era hermosa como pocas y en ella creía ver su ideal. A través del blanco vestido adivinábanse las puras líneas de su cuerpo, resaltando sus escultóricas formas; era muy bien formado su rostro, cautivando aquella nariz griega y la graciosa sonrisa que parecía escaparse de

sus labios; velados por largas finísimas pestañas, tenía dos soles en sus ojos negros y bellos que al mirar fascinaban á Pablo, haciendo colorear sus mejillas y produciéndole cierto estremecimiento extraño que no pasó inadvertido á la hermosa, la cual, abandonando su tarea, se levantó, admirando él su esbelto talle y el singular encanto que producía el ligero movimiento de sus caderas, semejante á la llama que se cimbreaba impelida por el soplo de la brisa. Oyóla hablar y en su lenguaje había algo de la vaguedad que se nota en las cadenciosas notas de una melodía. A Pablo parecía ángel bajado del cielo, ser enviado por Dios para labrar su felicidad..... Estaba enamorado. Aquella era la mujer que durante varios días buscara con insistencia. Retiróse á su casa, pero en el café dejaba su corazón.

.....

III

Dos meses después de aquel memorable día, un sacerdote bendecía la unión de dos jóvenes llamados Pablo y María, que tal era el nombre de la señorita del café.

En el semblante de los desposados brillaba un rayo de felicidad que disipaba las pasadas penas, como el sol disipa de repente las nubes que poco antes empañaban el horizonte. Pablo era dichoso y creyéndose personaje real de la famosa novela, lloraba y reía á la vez poseído de infantil alegría, que como en la novela no sería interrumpida por nada ni por nadie.

En las cristalinas aguas del lago del amor deslizábase tranquila, reflejándose en el fondo azul, la nave que caprichosa conducía en interminable luna de miel aquel matrimonio dichoso, envidia del

mundo entero. Ninguna nube empañaba el cielo; los más insignificantes deseos, los más frívolos caprichos eran al momento satisfechos; vivían uno para el otro; dijérase que la felicidad cernía sus alas sobre ellos, cobijándolos cual madre cariñosa que ama con delirio á sus hijos.

Así pasó algún tiempo; pero ¡ay! un día, día aciago y triste en que el sol se hallaba oculto por densos nubarrones, las aguas del lago azuladas y tersas antes aparecieron fangosas como lodazal inundo. El infeliz mortal que creía asegurada su dicha uniendo su suerte á una mujer bella, sufrió terrible desencanto, porque el ángel, como los de la Biblia, rebelóse, apareciendo su corazón tal como era, desprovisto del hipócrita ropaje que le cubría. En sus ojos no había destellos de amor, veíase odio implacable que hizo convertir en celos lo que hasta entonces para Pablo solo había sido sincero cariño y afecto entrañable.

De tal modo había sido destrozada la nave por la furiosa tempestad, que de nada sirvieron los solícitos cuidados de Pablo por repararla. El amor de Maria había enfriado tanto que un día no tuvo inconveniente en participar á su esposo que estaba dispuesta á separarse de él, porque amaba á otro y deseaba ser libre para obedecer á sus antojos y no estar sujeta á un hombre que aborrecía con toda su alma. Cedió de buen grado Pablo, y abriendo de nuevo sus olvidados libros pasa tranquilo la vida, aferrado siempre á la idea que «no hay cosa más hermosa en este mundo que una mujer que tiernamente nos ame.»

Pero lo que él dice á solas con cierto dejo de terrible angustia: ¿Dónde está esa mujer?





LA ORLA

Una semana antes de la Noche-Buena, día en que nos daban las vacaciones en la escuela, todos los niños hacíamos los preparativos necesarios para festejar dignamente las Navidades.

Pero nuestra mayor preocupación era la orla ó pintarrajeada esquila que habíamos de escribir, felicitando las Pascuas al papá ó á la mamá.

¡Qué ansias! ¡Qué de precauciones en casa para que no se advirtiese la persona á quien habíamos de felicitar y darle una buena sorpresa! ¡Cuánto elegir la dichosa orla!

Cien veces molestábamos á los comerciantes con inoportunas preguntas, con elecciones inútiles, consultando otras tantas con los camaradas sobre si era ó no de gusto la orla elegida.

Y siempre nos parecía más hermosa la del compañero, sintiéndolo muchas veces tener que concretarnos á escoger solamente entre las que estaban destinadas para escribir los de la 2.^a, 3.^a ó 4.^a sección.

—Si escribiese *de fino*,—decíamos,—ya compraría aquella tan bonita que tiene un angelito.

—¡Las de cuarta en que yo escribo, son muy feas!—exclamaba angustiado otro.

Por si la orla de Fulanito era más bonita que la nuestra, con frecuencia nos desafiábamos á es-

paldas del profesor, y en más de una ocasión ventilábamos á la salida de la escuela el asunto, quedando satisfechos después de habernos *zurrado* mutuamente.

La vispera de Noche-Buena preguntó el maestro cuantos eran los niños que habian de escribir felicitaciones, recomendando á los alistados la puntualidad en la asistencia para el día siguiente.

Contentísimos, y haciendo mil conjeturas, salimos pensando más que en procurar escribirla bien, en el premio que habiamos de obtener por parte de la persona felicitada.

Muchos suponían, por lo ocurrido en años anteriores, que les gratificarían con una peseta para dulces, asegurando que no gastarían en confites el dinero sino en una pelota ú otro juguete cualquiera.

Algunos, sempiternos habladores, no guardaban el secreto y preguntaban á sus padres cuanto les habian de dar, con objeto sin duda de hacer mejor los cálculos respecto á las compras que habian de realizar más tarde.

Yo, sin decir una palabra en casa, saboreaba en silencio la sorpresa y en mi magin no acertaba á resolver de plano el conflicto de invertir tanto dinero. ¡Una peseta! ¿Qué hago yo con tantos cuartos? Dulces no habían de faltarme aquellos días y juguetes..... ninguno veía que me agradase..... Había mirado todos los escaparates..... y preguntado el coste de un ferrocarril microscópico al cual no alcanzaba la peseta..... Si me saliese bien la *plana*..... entonces ¡quien sabe!.... Puede ser que me diesen algo más que los cuatro reales..... pero el ferrocarril era bocado caro..... Costaba veinticuatro..... ¡Imposible llegar á él!

En fin, pondría los *cinco sentidos* y escribiéndola bien..... ¡mal sería!

Me acosté intranquilo ante el temor de un *fias-*

co y dos horas antes de la señalada para ir al colegio, me levanté sin que aquel día fuese necesario que mi madre me llamase repetidas veces.

Con otros compañeros, madrugadores también, esperé lleno de congojas y recelos la llegada del profesor. ¡Era de tal magnitud la empresa!

No parecía sino que de aquella obra pendía mi vida, mi reputación, mi fama; cuando en realidad lo que exclusivamente peligraba era el dichoso ferrocarril.

Abierta la escuela mandóme el maestro sentar á su mesa, porque allí había más luz y no me interrumpirían mis colegas. Fué colocando á los demás y á cada uno entregó un verso dedicado, este á un tío, otro á su madre, aquel á su abuelito, á mí uno que no sé si era obra suya; pero que no olvidaré en toda mi vida. Decía:

«El amor de Dios le obliga
Del Empireo descender
Y, en un misérrimo establo,
Entre pajas á nacer.
Recordando tal misterio,
Padre mío, dulce bien,
Os abrazo en este día,
Rebosando de placer.»

Me senté y levanté varias veces, estornudé dos, coloqué una pluma nueva, renové la tinta y con gran parsimonia, empecé haciendo la *e* mayúscula, que no salió mal del todo.

Como quien pisa sobre ascuas fui trazando las letras restantes y mi satisfacción subía de punto cada vez que oía al profesor reñir á los demás por un trazo mal formado, un borrón, por escribir entre líneas, por dejar alguna en blanco y mil otras faltas que ponían al pobre maestro de malísimo humor.

Cuando más enfaenado estaba escribiendo «Empireo», sentí al profesor que, echando su cabeza so-

bre la mía, miraba mi orla á la cual prodigó elogios, exhortando á los demás para que me imitasen.

¡Oh! Mi orla era el modelo y esto me ponía orgulloso hasta el extremo de mirar con desprecio á mis queridos condiscipulos.

El profesor ya no se cuidó de hacerme nuevas visitas, y yo, cada vez más confiado en el resultado satisfactorio de la obra, escribi, escribi hasta llegar á la firma, que estampé henchido de infantil alegría.

Ni un borrón, ni la más leve mancha empañaba el blanco papel de la floreada orla que tenía á la cabeza un travieso Cupido, disparando su flecha á los versos de mi padre.

¡Buena recompensa me esperaba! Mío consideraba ya el ferrocarril y figurábaseme verle correr solo por mi habitación, siendo tan preciado juguete la envidia constante de mis *compinches* y niños amigos.

Todos querrían jugar conmigo, el profesor me cobraría más afecto, mis padres me darían tantos dulces..... tantos como pueden caber en cualquier confitería.....

De tales ensueños vino á sacarme el profesor que, con ademán brusco, tomó de mis manos la orla y se puso á examinarla, colocando los puntos y comas que yo no había copiado del original.

Mientras esto hacía, observábale yo en silencio y si no fuese por la seguridad que tenía del buen éxito de mi trabajo, hubiera temblado ante aquel gesto torbo de su semblante.

¡Pobre hombre! ¡Cuánto le hacían sufrir los niños el día de Noche-Buena!

De pronto vi con asombro que meneaba la cabeza disgustado, y lleno de espanto, me puse tembloroso.....

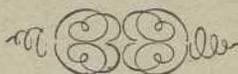
Miróme de arriba abajo; me mandó estender la diestra y me hubiera tocado un palmetazo.....

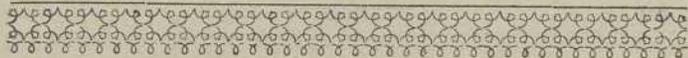
si en un arranque de ira, que contuvo al momento, no me enseñase antes la plana, indicándome una falta *garrafal*, que no podía pasarse....; había escrito *papas* en vez de *pajas*.

¡Nada menos que entre *papas* había nacido el Mesías prometido!

Ante irreverencia semejante, indignóse el maestro y furioso hizo pedazos mi lujosa orla.

¡Adiós ferrocarril!





PRENDA DE AMOR

I

La estación del ferrocarril de Lhesene ofrecía animado aspecto aquel día de Julio, de sol esplendoroso y brillante en un cielo sin nubes. Los rayos del luminoso astro dejábanse sentir con fuerza poco después del medio día y la gente que se aglomeraba en el edificio, llegaba sudorosa y jadeante, no dando paz á los abanicos las mujeres y limpiándose el sudor que abundante corría por sus barbudos rostros los hombres.

Dentro del amplio portalón, la atmósfera se hacía irrespirable á medida que los viajeros afluían, produciéndose un ensordecedor ruido, semejante al de concurrido mercado, por la charla incesante de las gentes, las voces de los empleados que disponían el servicio del tren y el continuo golpear de los baules y demás equipajes, al descargarlos sobre el mostrador los mozos de cuerda.

Entre aquella muchedumbre veíanse confundidas y mezcladas personas de todas clases y edades: elegantes mujeres, impacientes, esperando la apertura del despacho de billetes, con sus sombreros veraniegos de fina paja y adornados con sencillez en-

cantadora, un lazo anudado á la baja copa del sombrero, unas cuantas plumas ó un ramo de flores, colocadas en el frente, muchos, desprovistos de todo adorno, algunos con cinta en el borde del ala y todas echado el velillo de sutil gasa, preservando el rostro. Los hombres, sin chaleco, lucian la reluciente pechera de bien almidonada camisola ó las rizadas camisetas de percal de colores, que tan en boga se han puesto durante los veranos, por la comodidad que ofrecen, sobre todo en los viajes.

Todavía no se habian abierto las salas de espera, y una necesidad común reunía en un mismo local á la dama que trasciende á violeta, al caballero emperejilado y flamante, los rústicos aldeanos con sus hatillos de viaje, los mozos de andén con sus blusas azules, el chalán achulapado, de pantalón ceñido y chaquetilla torera, sacerdotes y comerciantes, hombres de negocios que viajan por precisión y gentes adineradas que corren tras el placer de los viajes, visitando playas y balnearios.

Era una confusión, un atolondramiento que se repite frecuentemente, en estaciones de mucho tránsito, momentos antes de la salida de los trenes.

II

Abstraída, estática, mirando sin ver nada, con ojos melancólicos perdidos en un punto del espacio, hallábase á la puerta del edificio bellísima mujer, vestida de sencillo, pero elegante traje, que hacía resaltar las morbideces de su airosa figura y la agradable ondulación de sus contornos; parecía una estatua griega en traje de modistilla, luciendo el peinado y caída sobre los hombros, al desgaire, rica mantilla. A veces, según sus movimientos, aparecía insinuante, provocativa, enseñando, al recoger graciosamente la falda, dos dedos de las altas

botas de blanca lona, otras diríase que estaba sumida en profunda tristeza y que honda pena hacía latir su corazoncito, dilatándose y comprimiéndose, á compás, su turgente seno.

Estaba sola, sin que ninguna de las muchas personas que pasaban y la miraban, atraídas por su belleza, la dirigiese un saludo, la dijera un requiebro, la acompañase un instante, autorizándola... Aquella hermosa niña, de apenas diez y ocho juveniles años, llenos de vida, semejaba, entre el inmenso gentío, á la puerta de la estación del ferrocarril de Lhesene, el tipo de la *Dolores* de Feliú y Codina, que, sin más equipaje que pequeño envoltorio, abandona su hogar, exclamando aquella amarga frase ¡sola en el mundo!

Sin embargo, á la pensativa modistilla la acompañaba en espíritu un joven que, insistente, la miraba con amorosos ojos; había allí un hombre que la velaba, que compartía con ella sus pesares y sus cuitas, que buscaba ocasión de escuchar su voz, para brindarse á ser escudero, para ofrecerle su amistad generosa y para amarla tal vez, aspirando á ocupar un puesto en el más apartado rincón de aquel afligido pecho.

La misma espantosa soledad que rodeaba, entre la muchedumbre, á la hermosa joven, avivaba en Emilio la llama del amor, que se le escapaba por los ojos á borbotones, circunstancia que no pasó inadvertida para el hada de rostro angelical y soñadora mirada; y aquellos dos seres, sin conocerse, sin hablarse, se comprendieron al momento, operándose súbita metamorfosis en el semblante apacible y tristón de la mujer absorta, sumida en dolorosos recuerdos.

No cabía duda, la llama del amor, estirándose, estirándose, había hecho presa en su corazón y más de una vez al encontrarse los ojos de los amantes, ella, fingiéndose sorprendida, como ruborosa,

cogida en infragante delito, bajaba pudorosa la vista ó, cual si tratara de apartar de su mente una idea, tornaba á su abstracción, enloqueciendo á su platónico adorador.

III

De repente sonó estrepitoso el silbato de una locomotora, el portalón ibase desalojando, ya sobre el mostrador no se veía ningún *mundo*, ninguna maleta; unos cuantos rezagados viajeros apresurábanse á tomar billetes, y la puerta del andén vomitó una masa de hombres y equipajes, llenándose pronto de nuevo el amplio portalón con los viajeros que acababan de llegar, no menos sudorosos que los otros, aunque más desaseados, cubiertos sus trajes por el fino polvillo del camino.

Entre los que llegaban y los que salían entablábase una lucha á las puertas de la estación, el vocerío aumentaba, la confusión era mayor, los camareros de los hoteles anunciaban hospedajes á grito pelado, la campana sonaba estridente, previniendo la salida del tren, las locomotoras, maniobrando, dejaban oír sus agudos silbatos, las carretas bajo el peso de los equipajes, rechinaban, los coches y wagones, deslizándose sobre la vía, promovían sordo ruido; los adiós de despedida, los efusivos saludos, las bienvenidas, los encargos de última hora, los vendedores de periódicos, las aguadoras, portezuelas que se cierran con violencia, órdenes que se transmiten á voces, el timbre del telégrafo que suena intempestivo, el estallido de sonoros besos estampados en tersas mejillas, crujir de faldas..... una algarabía infernal á la que pone término el jefe de galoneada gorra, disponiendo la marcha del convoy.

Allá va, atravesando pinares, rompiendo rocas

que el mar baña; por un lado de la vía extensos maizales, abundantes parras, muchos rosales, verdes prados; por el opuesto lado, donde se refleja el cielo límpido, veíase el mar, sembrado de lanchitas que dan al viento sus latinas velas, poblado de blancas gaviotas que revolotean sobre las rugientes olas; por una ventanilla vienen efluvios de rosas, aromas de los pinos; por otra entra la salobre brisa del mar, dorado por el sol.

Allá va, aspirando esos perfumes, contemplando el variado paisaje, derritiéndose en amor, la feliz pareja, los que se amaron sin conocerse, los que se entendieron sin hablarse. Ella, haciendo alarde de bien entendida coquetería, huyó del coche que, siguiéndola, ocupó Emilio, trasladándose al más próximo; no se han hablado, pero siguen entendiéndose, siguen mirándose, y algún viajero observador creyó ver que una sonrisa se dibujaba en los labios de ambos al tropezarse sus miradas.....

El tren detiene su precipitada carrera, apenas interrumpida unos cuantos segundos en las estaciones intermedias, y, dando resoplidos, cual si el loco correr le fatigara, da suelta en la estación de pintoresco pueblecillo á la muchedumbre que aprisionó breves horas.

IV

Es una estación de enlace, donde cualquiera que haya de ser la línea que siga el viajero, precisa indispensablemente cambiar de tren; para llegar á Valio tómate el expreso que viene directamente de la Corte, y nuestros héroes, al igual del resto de los compañeros de viaje, echan pié á tierra, sirviendo esta feliz circunstancia de ocasión propicia para que Emilio, galante y enamorado, brinde su brazo á la hermosa, y solícito, le ofrezca sus servicios que

ella, con un mohin de suprema gracia, aceptó al momento, mostrándose á la vez agradecida á su obsequioso protector.

La casualidad ó ese mitológico dios amigo fiel de los amantes revélase en favor de la venturosa pareja, haciendo que el expreso venga con bastante retraso. En un principio parecen contrariados ambos jóvenes, y, como movidos por resorte mágico, cual si obedecieran á un mismo pensamiento, dejan escapar un ¡ah! de extrañeza, entablando animada plática para censurar esos retrasos, más inconcebibles á medida que son más frecuentes, sin que por esto los Gobiernos adopten enérgica resolución con las empresas para evitarlos; pero Emilio, deseoso de dar diverso giro á la conversación, aprovechando la oportunidad de la llegada de otro tren, interrumpió bruscamente á su linda interlocutora:

—¿Será ese el que debe V. tomar?—dijo afectando decidido interés por la encantadora y novel amiga.

—No señor; voy á Valio—contestó ella, tornando á su actitud de profunda tristeza.

Y como si tratara de alejar de su cerebro algún doloroso recuerdo, pasó su mano chiquita y delicada por la frente para recoger un rizo de su cabello, reintegrándolo al peinado, y añadió:

—¡Dios mío! ¡Cuánto lamento este retraso por mi familia, que me esperará impaciente!

—¡Oh! No os apuréis; vuestra familia tendrá ya noticias del retraso y esperará tranquila. De mí sé deciros que bendigo, al fin, esta detención imprevista, porque me permite acompañaros, me proporciona la dicha de admirar de cerca vuestra hermosura y de apreciar las bellas cualidades que os adornan.....

—Por favor, caballero; no os expreséis de ese modo. Mi reconocimiento hacia usted es grande.

Fortuna mía hallar una persona tan amable, tan bondadosa, tan galante....; y si habláis de mí con tanto entusiasmo, exagerando, no se debe á mis propios méritos; débese indudablemente á un exceso de galantería, de bondad vuestra....

—No, no;—apresuróse á replicar Emilio—no es bondad y menos galantería; mis apreciaciones son justas; mas, si las halláis exageradas, creedme, será por dictármelas el corazón. ¿A qué ocultarlo, sino puedo?—prosiguió;—¿No observáis que estoy enamorado?

Y una sonrisa mezcla de duda, mezcla de asentimiento, seguida de dulcísima expresiva mirada, premió al atrevido joven su repentina declaración.

Se amaban. El retraso del tren es soportado sin fastidio por favorecer la ocasión de arrullarse los dos amantes.

¡Qué felicidad para Emilio! Acompaña á su idolatrada Laura, se mira dichoso en sus ojos, en aquellas pupilas de fondo azul celeste, la enamora, escucha sus palabras que confirman el misterioso lenguaje de los ojos; sí, no le engañaba su corazón; Laura corresponde á su amor, continuarán juntos el viaje, se verán todos los días; ya no será ella el prototipo de la *Dolores* de Feliú; allí está su escudero, el que le brinda amor, el que la adora con delirio.....

¡Qué encantadora está Laura con su traje modesto, sencillo, elegante, ceñido el talle de gentileza sublime, luciendo su cabellera cuidadosamente peinada, caída la mantilla graciosamente sobre los hombros!

V

Desde entonces la vida se desliza feliz para los venturosos amantes; se ven á todas horas, refiérense sus penas, renuévanse promesas, sus cuerpos se unen en estrecho abrazo, laten al unisono, cerca muy cerca, dos corazones; la modistilla de la es-

tación de Lhesene, añade á sus cualidades físicas, la dulzura de su carácter, los mimos y halagos de hembra enamorada; para Emilio no hay en el mundo mujer que reúna mayores atractivos, en su vida de aventuras y de amorfios no registra otro caso psíquico..... Laura es la mujer ideal, la mujer apenas entrevista en sueños, difuminada por la tangible realidad.....

Los días se suceden con pasmosa rapidez en tanto nuestros protagonistas gozan de las inefables dichas que el amor reserva á sus predilectos; pero los deberes sagrados de la familia requieren la presencia de Emilio en su ciudad natal; su ausencia prolongase más de lo debido y sus padres comienzan á inquietarse por el olvido en que les tiene su Emilio adorado.

Apenas transcurre día alguno en que no reciba misivas del autor de sus días reclamando el inmediato regreso; forzoso es abandonar la bonita población de Valio y separarse de Laura, no para dar razón al vulgar adagio, confirmando que ausencias causan olvido, sino para estrechar más y más, si cabe, los amorosos lazos que les aprisionan.

La próxima separación, retrasada siempre por el pavor que en ambos produce la temida despedida, siquiera sea bajo excelentes auspicios, con la promesa de verse pronto de nuevo, tiéneles acongojados. Con frecuencia se llenan de lágrimas los párpados de Laura; sufre lo indecible; quisiera no verse privada jamás de la presencia del elegido de su corazón; no obstante, como no hay plazo que no se cumpla y la partida de Emilio no puede diferirse ya, llega el momento de marchar y una escena verdaderamente patética se desarrolla en la estancia que ocupan los amantes.

Júranse mutuo amor, reitéranse promesas, sus brazos se entrelazan, y en amoroso transporte se unen sus labios y suena un beso rumoroso, pron-

gado, semejante al aleteo de pájaros, parecido al susurrar de un arroyo; dos almas que se funden en una sola, la dicha suprema satisfecha, la felicidad colmada; Cupido bate sus alas y embarga por completo á los que se vieron y se amaron, que sin conocerse se comprendieron.

En la tierna despedida no podía faltar un objeto sin valor que atestigüe las promesas, los juramentos, una prenda de amor.....

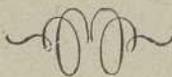
Laura, mostrando á su adorador preciosos pañuelos, contenidos en rico estuche de cromos y pinturas, invita á Emilio á que elija el que más le agrade, el del color que más le guste; pero instantáneamente penetra en el gabinete un hombre que se diría había escuchado el coloquio, un hombre que debía haber presenciado desde invisible lugar la conmovedora escena, y que con voz aguardentosa, entre airado y sonriente, se interpone, y con ademanes rudos, rufianescos, exclama:

—¡Señorito, llévase usted éste, color lila, que es para su persona la más significativa prenda de amor!

¡Qué amarga decepción para Emilio! Aquel hombre era el que hacía tiempo se llamaba *querido* de Laura.

¡La modistilla era una *cocotte*!

Con razón Emilio no podría elegir otro color más á propósito que el lila.





AGUA DE COLONIA

La señorita de Casa-grande entregó á Manuela dos duros, encargándole que de paso que iba al mercado, á la ciudad, le trajese un frasco de colonia.

Era Manuela una muchacha de aldea, tímida como un ciervo y bella como un ángel de Murillo. Tenía unas facciones muy hermosas y delicadas, que contrastaban con su burdo traje de aldea. Por eso en sus frecuentes excursiones á la ciudad, no dejaban los gomosos de mirarla, diciéndole muchas sandeces que asustaban á la inocente niña y la obligaban á volver la cabeza no bien veía un señorito.

Así que hubo vendido el pequeño cesto de huevos que llevara al mercado, apresuróse á indagar donde encontraría el frasco de colonia que le había encargado la señorita de su aldea.

Dióle noticias cierta revendedora, indicándole una perfumería y le dijo que también en las boticas solían vender colonia; pero Manuela prefirió ir á aquélla, porque tenía horror á las farmacias, de las que había oído peregrinas cosas en el lugar, en donde se decía que á las rubias les sacaban las mantecas para no se sabe qué medicamentos.

Advirtiéndole que no la engañasen, porque no era para ella, compró el encargo, deteniéndose bastante

tiempo á causa de las muchas preguntas que, con la natural curiosidad en las mujeres, le hizo la señora que despachaba.

En el camino, saboreaba la infeliz Manuela el rico aroma que había aspirado en la perfumería, haciendo mil conjeturas acerca de las buenas cosas que tienen las señoras; y en su afán de volver á percibir tan agradable olor, sacó de la faltriquera el frasco, lo desenvolvió cuidadosamente y al topar con la resistencia del cristalino tapón llevábalo á las narices.

Todo en vano: al desenvolverle, todavía parecía notarse el olor, pero á medida que transcurría el tiempo, el perfume desaparecía.

Tanto le había cautivado aquel picaro aroma, de tal manera se había encariñado con el agua de colonia, que en su majín daba vueltas y revueltas, buscando el medio de hacerse ella con otro frasco como aquél.

¡Tener colonia! He aquí la pesadilla constante de Manuela.

Las diez pesetas eran quimérica ilusión, no había medio de llegar á poseerlas. Si ella no fuese rubia, iría á comprarla á la botica, allí, según le había dicho la revendedora, se vendía hasta por *perras gordas*. Diez céntimos, un real, quizás una peseta era cantidad que podía estar á su alcance....., pero dos duros..... solo á su padre cuando iba á la feria le había visto duros en el bolsillo.

Preciso se hacia resignarse; ir á la botica, llevar una botellita y comprar un real de agua de colonia, única cantidad que consiguiera reunir, á pesar de sus muchos ahorros. ¡Cómo que ni siquiera tenía dedal!

Aunque en actitud de marcharse al menor movimiento, á la más leve contrariedad que le ocurriese, entró con ánimo decidido en una botica; llamó en los cristales y un dependiente de encorba-

da nariz, orejas alicaídas y escasa barba; hombre que durante el invierno luchaba con los sabañones, sin conseguir su desaparición á no ser con los famosos polvos de Mayo, miró al través de los limpios cristales á la rapaza y, con cara de cordero asado, abrió la ventanilla.

—Diez céntimos de colonia; dijo Manuela alargando el diminuto frasco.

Y con serenidad aparente púsose á contemplar las bonitas pinturas del techo, las grandes redomas de tallado cristal y la infinidad de variados tarros y frascos que con sus correspondientes rótulos, estaban en correcta formación colocados en los inmensos estantes.

El mancebo, que se moría por todas las chicas guapas, no quitaba los ojos de Manuela, como si quisiera comérsela; sacándole de su amoroso éxtasis la voz chillona de la aldeana que gritó:

—¿Me despacha usted?

—Sí, hermosa rubia; contestó el aprendiz de farmacéutico corriendo presuroso y tomando la botellita de Manuela que dejara sobre el velador. La llenó de un líquido trasparente y claro como el agua de la fuente, que contenía un panzudo botellón de largo cuello y dijo entregándole el frasco y cobrando los diez céntimos.

—Llevas colonia de la más exquisita.

Cuando se vió la muchacha en la calle respiró, como si la hubiesen quitado un enorme peso; guardó después de envolverla en su pañuelo, la deseada colonia y emprendió gozosa el camino de su casa.

No bien salió fuera de la ciudad, miró á uno y otro lado y convencida de que no era vista por nadie, se apresuró á aspirar el fuerte perfume..... En verdad que debía ser fuerte porque la chica quedóse casi sin sentido; los árboles, la campiña, todo andaba á su alrededor. Tuvo necesidad de sentar-

se: estaba completamente mareada: aquélla no era la colonia que había llevado para la señorita de su aldea, aquel olor era repugnante, mataba....

Arrojó con furia el frasco, que se se estrelló contra una piedra, exhalando aquel aroma que llegaba hasta ella, causándole nuevo vértigo.

Se levantó, y corriendo cual si hubiera perpetrado horroroso crimen, maldijo de la botica, del dependiente y de la encantadora colonia.

Mientras tanto el mancebo se tiraba de los pelos en la trastienda de la farmacia. Aturdido, cambiara los botellones y, en vez de darle agua de colonia, entregara á la rubia fascinadora gran cantidad de amoniaco.





VANIDAD Y POBREZA.....

I

Apesar de no ser la más rica no había en M***, populosa ciudad española, familia tan aristocrática como la familia de Bardírez. Formábanla D. César Bardírez, su señora D.^a Rosa de la Nava, y dos hijos, Alfredo y Lidia, señorita muy admirada en la ciudad por su indiscutible belleza y elegancia.

La pequeña fortuna heredada de sus padres por los Bardírez, habíanla invertido en la carrera de Alfredo, ingeniero de caminos, canales y puertos, que se murió no bien hubo terminado aquella. Lidia, por su parte, entre colegios, lujos y la pícaro moda, exigente siempre, había contribuido no poco á mermarla, pues sus padres que querían pasar por millonarios, no paraban mientes en lo que gastaban, parangonándose con los más ricos de la población. Porque, eso sí, eran muy vanidosos.

¡Pobre señora aquella D.^a Rosa de la Nava que se fué al otro mundo sin ver logradas sus aspiraciones á marquesa, condesa, ó cualquiera otro título!

Desde el fallecimiento de su madre, Lidia, creyéndose riquísima, no perdonaba medio alguno de gastar, y se codeaba con lo más granado de la sociedad, ella era la primera en vestir con arreglo á

la más escrupulosa moda parisién; concurrir á un baile y no estrenar un traje, era cosa para morir de pena. ¡Qué dirían sus amigas y el revistero de *El Problema* que tantos elogios prodigaba á su elegancia y hermosura!

Sin embargo, D. César debió encontrarse en muy mal estado financiero cuando se vió obligado á solicitar de sus amigos un destino, y por más que él aseguraba quererlo pura y simplemente para recreo, no sabiendo como *matar el tiempo*, muchos se maliciaban y sostenían que le era de gran necesidad. Pero es lo cierto que el sueldo de dos mil pesetas no llegaba ni con mucho á satisfacer las apremiantes urgencias de Lidia, con profundo disgusto de su padre, que gozaba lo indecible leyendo las flamantes reseñas de los bailes, donde se daba justo y merecido *bombo* á su hija.

En obsequio á la verdad debemos consignar que la hija de Bardírez era una hermosa mujer; alta, delgada como una silfide, de azules ojos como las aguas de tranquilo lago y dorados cabellos, que, semejando trenzas de oro, caían abundantes por la espalda. Eran exquisitas sus maneras y afabilísimo su trato, pues había recibido esmerada educación en un colegio, siendo lo que se dice una mujer de sociedad.

No se relacionaba sino con personas de alto coquete, como decían su domésticas, y para ella no había pollo que la mereciese. Fulano es tipo muy guapo, pero no tiene sobre que caerse muerto; Mengano, muy vulgar; otro, era antipático, y otro que reuniese las condiciones todas, á ese le faltaba una cosa: ser marqués de tal ó barón de cual, siguiendo, sin duda, las aspiraciones de su difunta mamá.

Como todas las mujeres hermosas tenía una falange de adoradores, pero ella, que suspiraba por un príncipe ruso, imaginario, que la llevase á recorrer Europa y América, y que tuviese una bien

repleta bolsa, dispuesta á satisfacer sus más insignificantes caprichos, prodigaba más calabazas que naranjas se crían en Valencia.

Mientras tanto, los años pasaban y no en balde; Lidia ya no recibía con tanta frecuencia amorosas misivas, y, si bien no había joven que no la mirase con amorosos ojos, ninguno se atrevía á manifestar su pasión ardiente, temiendo nuevos desaires. Y, ¡á cuántos de los rechazados entonces hubiera aceptado hoy!

II

Por exigirlo así la diosa Moda, á pesar del mezquino sueldo de Bardírez, ningún año dejaron de veranear en un hermoso y pintoresco pueblecito del Noroeste, donde solían reunirse varias personas de la aristocracia madrileña y otras bien acomodadas de provincias.

En el verano del año 18...., hospedábase en el mismo hotel que Lidia un acaudalado joven francés, llamado Casiano Erimée, el cual mejor que gastar dinero, lo derrochaba; era digno de ser español por su morena tez y barba correctamente afeitada; peinábase como la gente flamenca: á *lo pan y toros*; hablaba con perfección suma el idioma de Cervantes, oyéndosele frecuentemente hacer elogios de todo aquello que llevase el sello de nuestra nación, asegurando que más de una vez se había dejado crecer la coleta, vestía de ordinario ceñido pantalón gris y americana negra, sombrero hongo de color café y elegantes botas de charol.

Todos los *touristes*, exceptuando Bardírez y su hija, se hacían lenguas acerca de la colosal fortuna del francés, y muchos decían que estaba perdidamente enamorado de Lidia.

Una mañana, al volver ésta del baño, aproximóse nuestro joven á saludarla; Lidia contestó con indiferencia, sorprendiéndole no poco que aquél, al parecer un cualquiera, sin haberle tratado nunca, la saludase y estuviese tan galante con ella. Al llegar á la fonda despidiéronse, él muy afectuoso y Lidia mirándole con cierto aire de curiosidad.

Nuestra bella no durmió aquella noche, sin averiguar quién era, y de dónde procedía tan apuesto joven.

Cuando salió, acompañada de su doncella, para el baño, tropezó con el francés que la esperaba en el pasillo, dispuesto á pintar á su adorada con los más vivos y risueños colores su intenso y ardiente amor. Jamás había oído declaración tan magistral, como la hecha por el ricacho y en la misma playa, sobre la arena húmeda todavía, arrullada por las olas del Océano, entre sonrisas y mimos dióle el *sí*, tan anhelado de los amantes, y, encendida por el amor propio satisfecho, entró en la caseta, soñando con los largos viajes y lujosos trenes. Fuese desnudando, y á la vez que contemplaba en el espejo sus esculturales formas, decía para su corsé:—Este no le dejo escapar; es la realización de mis ensueños.

Después de contemplarse un momento, salió vestida con su vaporoso traje de baño, á través del cual se dibujaban sus delicadas formas. Allí estaba Casiano, fijos en ella sus gemelos, fumando un precioso veguero; dirijióle Lidia amorosa visual, y Erimée, con inimitable gracia, hizole ceremonioso saludo.

Pronto llegó á enterarse D. César de la conquista hecha por su hija, é informado por un huésped de la inmensa riqueza del francés, ansioso de una buena fortuna, protegió las relaciones de los jóvenes.

Una tarde que tomó café con Casiano hizo recaer la conversación sobre su hija y en el tono más cariñoso le dijo:

—Sus relaciones, no lo dudo, irán encaminadas á buen fin, y, por lo tanto, le autorizo para que, cuando usted guste, pase por nuestro cuarto, y allí me tiene siempre á su disposición.

—Muchas gracias, contestó el joven; en verdad no soy digno de tantas atenciones como ustedes me dispensan.

Desde entonces comenzaron á considerarle como de la familia y entraba con muchísima frecuencia, bien á tomar café, ya con el pretexto de saludarles ó para hablar de asuntos relacionados con la boda próxima, pues la cosa marchaba viento en popa.

Ella escribió á sus amigas anunciándoles su proyectado enlace con un rico joven, natural de Francia, caballero en toda la extensión de la palabra, por su origen, naturaleza, estudios, y, sobre todo, por su cuantiosa fortuna; solo faltaban detalles insignificantes, porque hasta tenía el consentimiento de sus padres á los cuales había enviado su retrato y el de su futuro suegro.

Aquel año, contra lo acostumbrado, prolongaron su estancia en el balneario, esperando la llegada de los documentos, pedidos hacia siete días á París, donde residía la familia de Erimée. A correo vuelto llegó la contestación, diciendo era necesaria la presencia de Casiano, para ultimar algunos asuntos. Después de haber fijado el día de la boda decidieron trasladarse á su domicilio, acompañándoles el francés con ribetes de español.

III

Ya en M***, D. César hizo la presentación á sus amigos del futuro yerno, despidiéndole todos en la estación cuando éste partía en el expreso de Francia con dirección á París; pero ¡oh, sorpresa! á la tarde siguiente, cuando más descuidada estaba Li-

dia, llamaron á la puerta, y momentos después, presentóse Casiano triste, cariacontecido y livido el semblante; en su fisonomía podía leerse como en un libro el profundo pesar que le embargaba, motivo de su inesperada presencia. Vivamente emocionado refirió á su novia el percance ocurrido: viajaba en un coche de primera y cerca de las doce de la noche, rendido por el sueño y la fatiga disponiéndose á descansar, se acostó en uno de los divanes. El tren acababa de arrancar de una estación, corriendo con pasmosa velocidad, cuando, repentinamente, un hombre de repugnante aspecto abrió la portezuela y rewólver en mano le exigió el dinero y alhajas que llevaba. El susto fuera terrible, y muy grande la contrariedad sufrida; ya no podría marchar hasta que le girasen dinero, retrasándose por esta causa la boda que seguramente no se celebraría el día convenido.

Erimée, recordando aquel mal rato, se abatía tanto que, sin poderlo remediar, gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas; trató de consolarle Lidia, y D. César conmovido ante el disgusto del joven, le abrazó cariñosamente, prometiéndole había de marchar lo más pronto posible, y saliendo precipitadamente de la casa, corrió junto á un amigo de confianza, al cual pidió prestadas tres mil pesetas para que Casiano continuase su viaje y no sufriese retraso alguno la boda.

Transcurridos quince días, los periódicos locales anunciaban el enlace próximo de la señorita Bardírez con un rico joven extranjero.

Si á oídos de Lidia llegaba alguna vez la envidia que la tenían sus íntimas y la desesperación de sus desairados y estúpidos adoradores, reflejábase en su semblante el placer que experimentaba, y poniéndose más hueca que pavo real, exclamaba: ¡Ser hermosa, chica!

En aquella casa todo era alegría y bullicio; con-

tinuamente se veían visitados por numerosos amigos que felicitaban á Bardírez y á su hija por el brillante porvenir que les esperaba, haciéndose por todos grandes preparativos para dar mayor realce á la fiesta; sin embargo, D. César mostrábase algo intranquilo por no tener noticias de Casiano, no obstante la promesa de escribir tan pronto llegara á su casa. No pudiendo contenerse, participó sus dudas y recelos á Lidia, que hasta entonces, harto ocupada en otros asuntos relacionados con la boda, no había echado de menos la carta de su novio.

—Le habrá ocurrido alguna desgracia?—preguntó tristemente.—Como no escribirá?—replicó su padre. Y desde entonces, sin esperar por el cartero, todas las mañanas corría presuroso á la administración de correos; el administrador ocupado siempre en revolver papelotes, continuando su tarea, hacía un signo negativo con la cabeza, indicando no había carta alguna para él.

El día señalado para la boda aproximábase y de Erimée nó se tenía noticia alguna.

Bardírez, todo acongojado, indagó y averiguó por medio de amigos, y hasta oficialmente, cual fuera la suerte del joven Casiano. Pero todo inútil.

En París no había vivido jamás hombre ni familia que llevase tal nombre.

Al saber Lidia esta fatal noticia sufrió un ataque nervioso que la obligó á guardar cama bastante tiempo. Una noche se sintió tan mal, que hubo necesidad de llamar el médico, quien la reconoció declarándola gravísima.

IV

En extremo afectado tras tantos y tan serios disgustos, hallábase D. César cercano al lecho de su hija, revolviendo en el magín un medio para salir

del apuro y devolver las tres mil pesetas, pero no encontrando fácil solución al problema, tomó de sobre la mesa un periódico de la corte y comenzó por leer la sección titulada: *Los sucesos de ayer*. Leía, leía casi sin darse cuenta de lo mismo que iba leyendo, tal era su turbación y ofuscamiento; de pronto tropezó con el nombre de su hija y volviendo al principio del párrafo leyó en voz baja:

«Al intentar anoche robar un conocido comercio de la Puerta del Sol, fueron sorprendidos por los guardias de seguridad dos rateros, uno de ellos muy célebre y conocido en Barcelona por el *Mangas*, su nombre es Casiano Erimée, cuenta 29 años de edad, habla perfectamente el francés y dicese que estuvo ejerciendo su *industria* en París durante la última Exposición. En los bolsillos le fueron encontrados: una navaja de Albacete, quinientas pesetas en billetes, varias cartas y el retrato de una señorita, al pié del cual se lee: *A mi inolvidable Casiano, Lidia Bardéz*.

Los rateros fueron conducidos á la cárcel y puestos á disposición del juez de guardia.»

No pudo leer más: víctima de una apoplegia fulminante cayó al suelo. Luchando con la muerte, todavía pudo exclamar si bien con voz desfallecida:

—¡¡Oh, un timador...!!

Lidia sola, sin recursos ni medio de ganarlos, enferma y abandonada de todas sus amigas, vióse en la necesidad de entrar en un hospital, hasta que, compadecida de su desgracia, la llevó consigo una señora, antigua amiga suya, que hoy reside en alegre ciudad del Mediodía.

Allí, demacrada y ojerosa, con palidez propia de una demente, perdida toda su belleza, sirve de institutriz á la hija de su bienhechora.





EN GRAVE APRIETO

En su vida había pasado Paco por trance tan apurado. Eso de presentarse ante un señor de gustos raros y de tan peregrinas teorías como D. Augusto, para pedirle la mano de su hija, tenía dos pares y medio de bemoles.

Pero no había otro remedio. Preciso era adoptar una resolución y él estaba decidido á todo, antes que abandonar á su adorada Estrella, causa de tantas desazones, de tantas noches de insomnio, de tantos paseos y sufrimientos. Además, ella se lo había dicho: su padre se opondría en un principio; le recibiría mal; se incomodaría; llegaría al extremo de maltratarla; pero era necesario dar el paso. Si no conseguían nada, quedábales al menos libertad para obrar y poner término á aquel eterno padecer.

Paco se convenció y estaba dispuesto á la heroicidad.....

Hizo los preparativos convenientes.

Compróse un sombrero de copa, encargó un traje negro de rigurosa etiqueta, eligió la corbata más bonita que había en los comercios y arreglado todo, señaló la mañana del 1.º de Enero para apersonarse con el temido D. Augusto.

¡Qué noche tan horrible la del 31 de Diciembre!
¡Cuántas vueltas dió en su lecho de soltero! No pudo dormir nada, pero en cambio su imaginación

no cesó un solo instante de meditar lo que había de decir, en qué forma se había de presentar, los argumentos que D. Augusto aduciría y como los rebatiría él; veía el arrugado ceño, el torbo semblante, los crispados dedos que le arrojarían de la casa de su amor.

Mas, no por esto se atemorizaría, estaba dispuesto á todo y sufriría con resignación los vejámenes, insultos y hasta violencias físicas, si á tal extremo llegaban las cosas, con tal de complacer á su Estrella.

Aquella noche creyó Paco que no amanecía el nuevo día y hubo momentos en que pensó si sería víctima de terrible pesadilla. En medio de la obscuridad, creía ver la silueta del padre de Estrella que con aire enfurecido, terrible y amenazador se le acercaba, enseñándole los puños; á veces quería gritar, pedir socorro, pero formábasele un nudo en la garganta y aquel ¡ay! que pugnaba por escaparse era ahogado antes que lo pronunciase. Encendió una cerilla, consultó el cronómetro y ¡qué disparate! eran las diez de la noche todavía..... ¡Cá! No podía ser, se había acostado á las doce..... pues el reloj no estaba parado; toda la noche percibieran sus oídos el tic tic, que por cierto le atormentara cruelmente.....

¡Ah! Cerrara sin darse cuenta las ventanas y no penetraba la luz: eran las diez de la mañana. Vistióse de prisa y comenzó su tocado.

Iba á desayunarse, pero no tenía apetito; dejaba de almorzar y entraría después en un restaurant á tomar un pastel y unas copitas; sí, le convenia ir, sino borracho, al menos decididor y alegre.

* * *

Eran las once de una mañana fría, glacial, propia del primer mes del año, cuando Paco ponía el pie en la puerta de la calle y se encaminaba á un

café con objeto de tomar *algo* y hacer tiempo para que llegase la hora de visitar á D. Augusto.

¡Cuidado que iba elegante el enamorado joven!

Negro traje de frac, de irreprochable corte, zapatos de charol, reluciente sombrero de copa, magnífica leontina de oro con gruesos brillantes, destacábase hermosa, deslumbradora sobre el negro, escotado chaleco; del mismo precioso metal era la botonadura que lucía en la pechera de su bien planchada camisola; sus manos enguantadas no cesaban de acariciar el fino bozo, indicio seguro de sus pocos años; caminaba con aire magestuoso, coquetón, mirábase en todos los amplios ventanales de los aparadores que hallaba á su paso, sorteaba, temeroso de ensuciar los elegantes zapatos, los papeillos de fumar, arrojados á la acera. Su rostro aparecía sereno y sus ojos denotaban la decisión con que acometía la temeraria empresa.

El era valiente, decidido, arriesgado, ¿acobardarse por cosa tan baladí? Quédense los temores, las dudas y los miedos para mi encantadora niña—pensaba nuestro Paco,—mientras saboreaba unas copas de rico jerez. ¡Pobre Estrella, decía monologando, cuántas torturas estará pasando, ínterin no se resuelve este asunto! A las dos...., antes, á las doce y media, dentro de tres cuartos de hora, sabremos á qué atenernos, estará salvado el compromiso.

Pagó espléndidamente al mozo y allá se fué á casa de su adorada ninfa.

* * *

Después de esperar unos momentos en la elegante salita de D. Augusto, donde se echaba de ver la mano de Estrella, apareció en el umbral de la alfombrada, lujosa habitación, el temido personaje.

En un principio se mostró risueño, afable y hasta cariñoso; mas, así que reconoció en el joven al

novio de su hija, comprendiendo el objeto de la inesperada visita, coloreóse su rostro, sus ojos relampaguearon con expresión siniestra, arqueó las cejas y se preparó para decir cuatro frescas al caballere que tenía delante.

Inclinóse reverentemente Paco y con desenvoltura saludó á D. Augusto, alargándole la mano que éste estrechó con frialdad. Tomaron asiento y después de toser varias veces, arrellenarse cómodamente en la butaca y mirar al techo como pidiendo protección al cielo, acabó por..... no decir nada

Durante este breve tiempo, D. Augusto le miraba de arriba abajo, interrogándole con los ojos acerca de su extraña visita.

—Y bien, ¿en qué puedo servirle? dijo, rompiendo el inexplicable silencio, el suegro futuro de Paco.

—Pues..... mi señor D. Augusto, venia á..... pedir á usted mil perdones por la molestia que le ocasiono, y mi objeto ya lo habrá adivinado.

—No acierto, replicó el dueño de la casa con voz aterradora y solemne.

—Pues, pues..... ya sabe usted que..... yo quiero..... aprecio mucho á..... su bella y encantadora hija..... hija única de usted..... á Estrella, Estrellita.

—Bueno, ¿y qué?

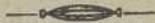
—Que como estamos en año nuevo, vengo á felicitarla.

—Muchas gracias.

—No se merecen. Usted lo pase bien.

—¡Dios mío, que hombre más terrible es este papá de mi Estrella!—salió diciendo Paquito.

Entretanto, D. Augusto exclamaba á solas: ¡Vaya un susto que me llevé!, creí que venia á pedirme la hija.





LOS CABELLOS DE MÓNICA

Mónica, á pesar de no ser hermosa, no podía contarse en el número de las feas; era una de esas mujeres á quienes todo el mundo mira, sin que jamás lleguen á causar la admiración de nadie.

De pequeño, aunque esbelto cuerpo, de turgente y abultado seno, de negra y abundante cabellera y de ojos garzos, no faltos de expresión; tenía una boca chiquita que constituía uno de sus principales atractivos, semejaba un precioso nido de perlas, formado por menudos y apretadísimos dientes de marfil; sus mofletudas mejillas de pronunciado color moreno, y pobladas de un vello rubio, hacíanla parecer más fea de lo que en realidad era; no obstante su andar de reina, un tanto voluptuoso, y su siempre erguida cabeza, delataban á la mujer vanidosa hasta lo inverosímil.

Hija única de una familia bastante bien acomodada, había perdido á su madre cuando apenas contaba seis años. El padre, hombre ocupado siempre en los negocios de banca á que se dedicaba, no se cuidó para nada de la educación de su hija, y hubo de confiarla á las profesoras de los diferentes colegios donde á duras penas pudo adquirir muy escasos y superficiales conocimientos.

Mimada con exceso, en ningún colegio se encontraba bien, pues nadie, sino su padre, podía consentirla llevase á cabo sus mil caprichos; así, entre sus muchos defectos, sobresalian un inmoderado orgullo y una vanidad sin límites.

Cuando hubo llegado á ser lo que se dice una polla, pasábase todo el día en el balcón, ó bien salía con su doncella á recorrer todos, uno por uno, los comercios de la población, martirizando á los horteras quienes, después de revolver toda la tienda para hallar un corsé del gusto de la señorita, la veían marcharse tan fresca diciendo:—Mañana volveré con mamá para ver si le gusta.

¡Pobre madre! cuantas veces la nombró, sin siquiera dedicarle un recuerdo.

No sabría Mónica ejecutar un wals en el piano, bordar un pañuelo, coger un pincel ni montar á la inglesa; pero en cambio faltábale muy poco para recitar todas las novelas de Montepin y Paul de Kock.

En esos días frios y lluviosos, cuando raro es que alguien se aventure á cruzar las calles, ella, pesada y fatigada de estar trás los cristales sin ver un alma, tomaba los folletines de *La Correspondencia*, y se entretenía, solazándose con su lectura, no siempre útil y muchas veces perjudicial.

Uno de sus principales gustos consistía en concurrir todas las noches al teatro, y no porque la encantase la literatura ó la sedujese la música, sino por el afán de ver y ser vista, único medio de satisfacer su orgullo.

Sacábala de quicio una contrariedad: sus amigas no frecuentaban el teatro, no estaban tanto en la calle, y, sin embargo, tenían novio.

—Serán más bonitas que yo, se decía.

Y corriendo á mirarse en la magnífica luna del dorado espejo de su gabinete, haciendo gestos, exclamaba incomodada:—¡Vaya, pues no soy tan fea!.... ¡Soy muy desgraciada!

Una noche al salir del teatro había sentido un frío terrible que, apoderándose de su cuerpo, la obligó á guardar cama durante la semana, y, según opinión facultativa, debiera no haberse levantado en quince días por lo menos; pero ella, acostumbrada á hacer su real gana, á pesar del dictamen del médico levantóse, costándole su atrevida resolución estar enferma un año. Obstinábase en no tomar las medicinas, antojándosele comer cuando recetaban dieta y le hubieran salido caros sus caprichos, si no comprendiera que el camino emprendido la llevaría al cementerio.

Por fin, la enfermedad fué cediendo y sin dejarse ver de nadie en la prolongada convalecencia, hizo un viaje á Paris acompañada de su padre, que hondamente afectado, vióse en la necesidad de abandonar sus negocios con harto pesar, según manifestó á sus amigos, pero deseoso de que la salud de su hija fuese completa.

Entre la enfermedad y el viaje al extranjero había trascurrido año y medio sin que nada se supiera de la buena Mónica; echábanla de menos los porteros, y el empresario del teatro más de una vez pensó si habría muerto aquella señorita abonada á la platea número cinco; los novios de sus amigas preguntábanles como no veían á Mónica hacía tanto tiempo, y hasta el espejo ante el que ella solía pasar todas las mañanas una hora, hallábase cubierto de verde gasa, preservándole del polvo y dándole un aspecto tan triste, que aquella luna brillante y hermosa parecía ahora mustia y olvidada de todos.

Reapareció en sociedad, elegante como siempre y altanera como nunca, con motivo del estreno de la zarzuelita *Conveniencias*, obra de reputadísimos autores, que llevó al coliseo selecta y escogida concurrencia.

Todos los espectadores estaban atentísimos á la obra esperando anhelantes el desenlace final. Solo

Mónica que ocupaba la platea de costumbre, vuelta la espalda al escenario miraba fijamente á un joven, quien á su vez, apoyados ambos codos en los brazos de su butaca, flechaba con los gemelos la platea de la hija del banquero.

Era este un estudianta de medicina, próximo á terminar la carrera; un pollo muy guapo, moreno, de ancha y despejada frente, de negros ojos y penetrante mirada; peinábase á lo Alfonso XII y vestía con mucha elegancia.

Aquella debía de ser, sin duda, la primera vez que veía á Mónica, porque antes de terminar la función levantóse, estuvo á la mira esperando en los pasillos á que saliera su tormento adorado y no dejó de seguirla hasta cerciorarse de la calle y número de la casa donde habitaba.

Según suelen representárnoslo pintores y poetas, *Amor* es un niño muy hermoso que lleva siempre sus ojos cuidadosamente vendados, y solo así puede explicarse que existan hombres á los cuales importa un bledo tengan las mujeres que han de conducir al altar, buenas ó malas cualidades morales. Para muchos basta una mirada expresiva, una mano bien formada ó unos labios de coral, y alguno hay que se siente entusiasmado ante el prosaico lunar que una mujer tiene en la mejilla.

A estos debía pertenecer el médico en ciernes, pues aseguró con toda formalidad á sus amigos que lo único por lo cual le encantaba Mónica era por la extremada belleza de sus cabellos; y, ¡cosa corriente!, cuanto más la miraba, más vivo y ardiente era el deseo de poder llamar suya á mujer de tan hermosa cabellera. La hija del banquero, afanosa de novio, para igualar de este modo á sus amigas, aceptó á primeras de cambio el amor que le brindaba Pepe Margarita; tal era el nombre del estudiante.

Ella hubiera aceptado á cualquiera, pero á decir verdad, Pepe superaba en todo á los novios de

sus íntimas; muy guapo, no desprovisto de dinero y, después de todo, un hombre de carrera.

—¡Si pudiera atraparle y casarme con él!.... ¡Qué dicha!—pensaba Mónica, orgullosa de su conquista.

Muchas veces se lo decía Pepe:—Tus cabellos me fascinan, son toda mi ilusión. Ella por su parte, procuraba aumentar más y más la belleza de su sedosa y negra cabellera; peinábase de mil maneras, no había perfumería donde no fuese buscando nuevos aceites para su pelo, adornábalo con flores y lazos de diferentes colores y, en fin, no perdonaba medio alguno para embellecer y hermostear su cabeza, atormentando al pobre estudiante, decidido ya á pasar por la vicaria tan pronto terminase su carrera.

Un año durarian aquellas relaciones fecundas en mieles y dichas, ligeramente empañadas por el pesar que producía en los novios la tardanza del día prefijado para la boda.

Sin embargo, el ansiado momento llegó al fin y á las ocho de hermosa mañana una lujosa comitiva salía de la iglesia de San Félix, distinguiéndose la feliz pareja que, rompiendo filas, caminaba delante de todos. Ella vestía un precioso traje blanco con lazos rosa y corona de azahar; él de frac negro, como el resto de su vestido, destacándose notablemente por la blanquísima y reluciente pechera de su camisola y el diminuto lazo, blanco también, en que consistía su corbata. Esta pareja no eran otros, que el doctor Margarita y su novia Mónica; acababan de unir su suerte ante el altar mayor de San Félix. Aquella misma noche partirían en el expreso de Francia con objeto de pasar la luna de miel en Burdeos y París.

Puede muy bien asegurarse no hubo día más dichoso para los novios y para el banquero, quien ni aún el día de su enlace se sintió tan henchido de felicidad.

Después de opíparo almuerzo, brindóse por la prosperidad de los desposados, hubo chistes y bromas, y uno de los invitados, chico listo, con pretensiones de poeta, improvisó algunos versos; por último, hubo baile, hallándose tan animado, que los novios suspendieron su viaje.

Pero, así como trás la tempestad viene la calma, así también trás el placer, suele apurarse á veces el cáliz de la amargura. A la mañana siguiente después del desayuno, sintió Pepe vehementes deseos de ver y aún besar su más preciada ilusión, los cabellos de su esposa, ocultos en aquel momento por finísimo pañuelo de seda con el cual abrigaba Mónica su cabeza.

Ruborizóse primero, púsose luego pálida, y decidida, al fin, entre confusa y avergonzada, confesó á su marido que el cabello era postizo. Si quería, podría verlo en una caja que á guisa de estuche estaba sobre el sofá.

Pepe tomó á broma el dicho y sonriéndose, preguntó donde habían sido confeccionados.

Más tranquila, observando que su esposo no se enojaba, refirióle las peripecias de su enfermedad, causa de que se le hubiera caído todo el pelo, no logrando su reaparición á pesar de los innúmeros medicamentos aplicados. Su padre la llevó á París y un afamado peluquero hizo, expofeso para ella, aquella tan bonita peluca, de tal modo bien hecha que, no sabiéndolo, nadie se atrevería á decir fuesen cabellos postizos.

Margarita no pudo resistir más.

Furioso, pero todavía dudando de la veracidad de su consorte, tiró con fuerza de la punta del pañuelo y ¡horror!.... Mónica era calva.

Su cabeza era perfectamente blanca, como puede serlo un pliego de papel al salir de fábrica. Estaba tan fea así, sin peluca, que un demonio de ni-

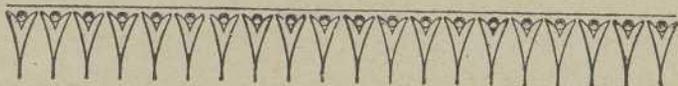
vea cabeza, sin cuernos y vestido de faldas, la haría desmerecer.

Un momento la contempló el doctor; y, sin decir nada, á medio vestir, sin sombrero y semiloco, salió precipitadamente de la casa, ignorándose el rumbo que pudo tomar.

Pocos días después presentóse una campesina ante el juez, declarando haber visto un cadáver en la margen derecha del río. Constituido en aquel sitio el juzgado, pudo identificarse el cadáver.

Era el doctor Pepe Margarita.





AMOR AL ARTE

Dos años hacía que se casara D.^a Pánfila y todavía exclamaba: ¡Qué feliz soy con mi esposo!

Era éste un D. Casimiro Picado, empleado en Hacienda con mil quinientas pesetas de sueldo, y casado en segundas nupcias con D.^a Pánfila Solterón. Tendría por entonces cuarenta años á lo sumo y su costilla, que contaba unos treinta y cinco, había sido también viuda de un retirado que tenía un geniazo de todos los diablos. Su segundo marido comparado con el primero, era un ángel, pues éste no tenía más voluntad que la de su mujer, y á pesar de llevar casados dos años, parecía que aún se hallaban disfrutando esa eterna luna de miel que piden los periódicos á todo aquel que se casa.

Don Casimiro llevaba ya mucho tiempo de empleado, teniendo la no pequeña suerte de haber entrado con seis mil reales, sin que jamás la cesantía le sorprendiese. Cierto que tampoco había ascendido, pero, para el solo trabajo de firmar la nómina, cobraba bastante, y él se daba por muy satisfecho. Con el sueldo, y algunas rentas que percibía, tenía lo suficiente para vivir modestamente.

Solo el día primero de cada mes se le veía en la oficina, en los demás brillaba por su ausencia y ni á los actos oficiales asistía, excepción hecha de la procesión del *Corpus*, á la cual no faltaba

año alguno, causando la risa de sus colegas por su sombrero pasado de moda, semejante á la antigua torre de la Catedral, y su frac negro, cuyos faldones estaban ya apolillados. Siempre había sido enemigo de concurrir á las recepciones y procesiones y ahora lo era mucho más, porque su mujer se lo impedía, diciéndole:

—No debes asistir á ningún acto de esos, como no sea la procesión del *Corpus*, pues sino, ¿á dónde vamos á parar? Echas á perder el sombrero y tu trage negro, y si hay un entierro, y tienes un compromiso ¿qué ropa vas á llevar? El solía decir amén á todo y en este caso se lo callaba, por estar demasiado conforme con su cara mitad.

Era un matrimonio feliz; ella era idólatra de su marido, y éste no veía por otro ojo que no fuera el de su Pánfila. Así es que, si alguna vez oía hablar de maridos infieles, cubriéndose el rostro, decía:

—¡Jesús, qué barbaridad! Si yo tuviese un marido así, le aseguro á usted que en todos los días de su vida no volvía á ser hombre. Mi primer marido (Dios le haya perdonado), tenía un humor malísimo, jamás le he visto como á éste tocar una polka en los cristales de la ventana; pero en cuanto á eso..... el mismo me lo dijo varias veces: Nunca tuve relaciones con mujer alguna. Y Casimiro, ¡pobrecillo de mi alma! aunque pase un *sol* por la calle no la mira, por el contrario, vuelve la cabeza del otro lado. ¡Ah! yo soy muy dichosa, tuve siempre muchísima suerte.

—Pues señora, interrumpióle una, que por lo visto no podía decir otro tanto—Aún no está usted libre de que le suceda, no se lave en agua de rosas, mientras estamos en este mundo no podemos decir: *De esta agua no beberé*.

Una sonora carcajada de D.^a Pánfila tuvo por contestación aquella mujer, al parecer infeliz.

—No faltaba otra cosa,—dijo después de reirse

mucho, —¡mi marido con esas músicas ahora! Si pasa ya de los cuarenta, y además siempre fué muy formal. ¡Bien me enteré antes de casarme!

Mas, en el horizonte conyugal de aquel matrimonio feliz asoman algunas nubes.

Don Casimiro ha tomado gran afición al arte culinario; con frecuencia se le ve junto al fogón, engolfado en sus tareas; las criadas se marchan, y apenas están en la casa quince días, él lo atribuye á sus aficiones, y así lo creyó D.^a Pánfila, hasta que una de ellas, dijo que se marchaba, porque tenia apariciones nocturnas. No negó el hecho D. Casimiro, y sin duda para atenuarlo, declaró que era sonámbulo, por más que tal enfermedad no se le había manifestado hasta entonces.

Doña Pánfila empezó á intranquilizarse, extrañándose que el sonambulismo de su esposo solo se desarrollase con las cocineras; éste, notando la intranquilidad de su mujer, preparó, con el objeto de distraerla, una gran comida para el día de San Pánfilo, á la cual invitó unos cuantos amigos.

Llegó el tan deseado día. Desde muy temprano se hallaba D. Casimiro preparando el *menú*, consistente en chuletas rebozadas, jamón con guisantes, media ternera con salsa y otros dos platos más que, según él, habian de saber á gloria.

No obstante, en lo que ponía más esmero el empleado, era en un exquisito dulce, cuya combinación de almendra, azúcar, leche y huevos había inventado él.

Al mismo tiempo que sonaban las doce en el reloj del comedor, llamaban los invitados á la puerta de la escalera, sentándose poco después á la mesa, adornada con mucho gusto por D.^a Pánfila.

El almuerzo nada dejara que desear, todo había salido perfectamente, y con arreglo á los cálculos del empleado á quien todos declararon gran cocinero; él, empero, no estaba satisfecho, todavía

faltaban los postres, y no sabía como saldría el dulce. No terminaran aún el último plato, cuando D. Casimiro entró en el comedor con una gran fuente adornada de muchas flores, y á la cual servía de remate un precioso San Pánfilo.

Si sabrosa había estado la comida, los postres lo estaban en grado sumo; el dulce, invento de Casimiro, estaba riquísimo, y todos se tomaron un atracón «hasta verte, Jesús mío,» como solía decir D.^a Pánfila.

El inventor lleno de satisfacción bebióse copas y copas, hasta cojerse la gran *pítima*, que dió por resultado el echar flores á su mujer y sobre todo á la criada, que entraba y salía con frecuencia en el comedor.

Mientras D.^a Pánfila conversaba con los comensales, D. Casimiro desapareció.

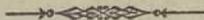
De repente oyóse un estruendo como si cayese la chimenea sobre la loza; corrieron allá los del comedor y vieron al empleado abrazando á la Maritornes, tendidos ambos en el suelo en medio de gran número de cacharros, hechos pedazos.

Doña Pánfila cayó desmayada exclamando—¡Ah! ¡Qué horror! Mi vajilla de china rota..... Y ese viejarrón..... ¡Quién lo dijera, Dios mío!

Lleváronla á su cama, y á poco rato quedóse dormida. Un médico que llamaron dijo que no ofrecía gravedad, y que le convenía descansar, retirándose los invitados, quienes iban haciéndose lenguas de lo bien que cocinaba su amigo D. Casimiro.

—No cabe duda—decía uno—tiene gran amor al arte y al mismo tiempo posee el arte del amor.

Cuentan que D.^a Pánfila, avergonzada, se separó de su marido, y retiróse á vivir á un pueblecito inmediato á la ciudad, donde tan hombre y tan empleado como siempre vivía su *fiel* esposo.





FLAQUEZAS HUMANAS

(COSTUMBRES GALLEGAS)

I

Norberto era joven y agraciado en cuanto puede serlo un hombre dedicado siempre á las rudas faenas del campo y á la incesante labor que su molino le proporcionaba. Era alto, fornido, de ancha y despejada frente, negros ojos y afeitada barba. Su rostro, tostado por los rayos ardientes del sol, contrastaba notablemente con su blanco traje, que á más de ser de lino, traíalo siempre enharinado, debido á su oficio de molinero. Tendría unos veinticuatro años á lo sumo y ¡cosa rara en un joven de sus condiciones! no podía jamás hablársele de mujeres ni de matrimonio.

Si alguna vez sus amigos hablaban de casarse, él interrumpiendo la conversación, decía:—Hablemos de otra cosa, y dándole diverso giro á la plática, no había posibilidad de saber qué daño le tendrían hecho las mujeres.

Sin embargo, un anciano labrador que pasa por muy instruido en el lugar, consiguió de Norberto algunas explicaciones. Para él el matrimonio es una cruz pesadísima que solo á un borrico se le ocurre

cargar con ella, cruz que por otra parte hay que llevarla solo, pues cirineos..... no es cosa de eso. Las mujeres son unas *lagartonas* que tan pronto comienzan á tener uso de razón no piensan en otra cosa sino en casarse, y según ellas mismas aseguran, es su única misión en este mundo buscar un hombre que las aguante sus caprichos, que las colme de caricias, las vista de ricas galas, las lleve de feria en feria, de romería en romería, muy á su gusto en la yegua, sentadas delante y abrazadas por el marido que va incómodo por causa de aquella que es su reina, su señora, á la cual rinde por necesidad, desde el día de la boda, sus armas; la que le hace prescindir con un beso de sus derechos, y en fin, la dueña de la voluntad de su esposo.

Y el hombre ¿qué gana, qué adquiere á cambio de tanto sufrimiento, de humillación tanta? ¡Nada, nada! exclamaba Norberto, incomodado por tocar semejante cuestión. El padre que tenga hijas que las mantenga; yo, Dios mediante, no he de cargar con esa clase de trabajos. Bastante tengo con los míos sin tomar también los ajenos.

Y llegaba á tal extremo el odio que las mujeres le inspiraban, que cuando á la puerta de su molino se acercaba alguna, sobre todo siendo joven, Norberto bajaba la vista, contestaba á lo más necesario y se ocupaba en algún trabajo entretanto no desaparecía la muchacha. ¿Asistir á una *ruada*? Lo que él decía: ¡*Ora ó demo!* ¿A una romería ó *fian-dón*? Ni por pienso.

Desde niño se había acostumbrado á ir solamente á la romería del patrón de la parroquia, y eso por la mañana, que por la tarde, lejos de tomar el camino del soto donde se celebraba, marchábase hacia el monte ó bien se iba á su molino. Para él no había placer mejor después de bien comido y haber echado un vasito en la taberna de Lucía que, escopeta al hombro, esperar la salida de un co-

nejillo ó despertar en su misma cama á la adormecida liebre; por eso cuando el trabajo no era muy apremiante, veíasele acompañado de su fiel Pistón, tomar el camino del monte.

A las ferias iba por pura necesidad, jamás por recreo, temeroso de hallar algunas chicas jóvenes que le engañasen, porque para él toda mujer era una bruja y más si era hermosa joven de sonrosadas mejillas y tentadoras miradas.

Con un carácter así, todos los vecinos aseguraban que Norberto no se casaría nunca, siendo uno de tantos solterones como en el mundo existen.

II

Mas el hombre propone y Dios dispone.

Y los firmísimos propósitos que animaban á nuestro campesino, á pesar de la entereza con que los sustentaba y el arraigo profundo que al parecer habían adquirido sus teorías, no fueron dignamente correspondidas en la práctica, patentizándose de modo clarísimo que no puede jugarse con el corazón y que en materia de amor suelen caer los más expertos en las mayores y más absurdas aberraciones.

Enfaenado en picar la piedra de su molino hallábase Norberto una de esas tardes tan apacibles con que suele brindarnos el mes de Julio, cuando después de un día de sofocante calor, el sol se oculta trás la verde montaña que á lo lejos se divisa. Las aguas del riachuelo corrian tranquilas susurrando por entre las matas y flores que le servían de lecho. En la espesa arboleda que rodea el molino, cantaban alegres infinidad de oropéndolas y otros pintados pajarillos que lanzaban tiernos píos, revoloteando y saltando de una en otra rama

y promoviendo algarabía celestial. Dentro del molino oíanse los acompasados golpes del pico de Norberto y en la abierta puerta que da acceso á aquél, dormía tranquilo Pistón, el compañero inseparable del molinero.

A lo lejos percibíase el canto de los segadores que, no obstante hallarse fatigados por la labor de todo el día, entonaban alegres coplas, haciendo más llevadero el trabajo.

Colasa, la más querida y hermosa muchacha del lugar, marchaba caminito del molino, llevando sobre su cabeza el *fol*, conteniendo el grano que molido aquella tarde había de cocerse al siguiente día para dar á los segadores.

¡Pobre muchacha! ¡Estaba tan rendida!

Todos los días había ido de *roga* para atar los *mollos* y entristeciase pensando que todavía su pan estaba en el *agro*. Casi todos los vecinos se preparaban ya para la maja y á ella le faltaba lo peor. Y ¡cómo quemaba el sol! Pero ella siempre fresca y bella parecíalo más, si cabe, á medida que transcurrían los días de mayor trabajo.

Deseaba llegar pronto al molino, allí se proporcionaría un rato de descanso.

Mientras se molía el grano ella dormiría sobre el suave césped, debajo de aquellos árboles que parecían exhalar embriagador perfume. ¡Bien necesitaba descansar! Había dormido tan poco y trabajado tanto, que si el sueño no la rindiera aún dedicaría algún recuerdo, quizás pensaría un momento en aquel pícaro, pero querido Santiago, que allende los mares había olvidádose ya de Colasa, teniendo la osadía de escribirla, diciendo que eran muy bellas las cubanas.

¡Ah! Seguramente alguna se habría enamorado de él! Era tan guapo, tan bueno, tan cariñoso! Y ellas serían unos ángeles, porque sino ¿cómo olvidar Santiago á su Colasa?

¡Infame! ¡Había jurado amarla siempre y así faltaba á su palabra! Ya me vengaré, dijo de pronto Colasa, con cierto dejo de tristeza inmensa.

Y para alejar de su mente el recuerdo de aquel malvado con clara y armoniosa voz dejó oír un canto popular, canto triste y bello é impregnado de esa tierna melancolía que tanto realce da á las baladas del dulcísimo Montes.

¡Oh! Aquel prolongado *alalaa* del final parecía más bien un suspiro, una queja que había de repercutir en el corazón de Santiago, haciéndole recordar lo innoble de su proceder.

III

Al sordo ruido que las *zuecas* de Colasa producían chocando con la espesa yerba, despertóse Pistón y alzando su cabeza, puestas de punta las orejas, lanzó un ladrido, anunciando á Norberto la presencia de alguien en aquel solitario paraje.

Colasa acarició al perro y con un rústico *¡Deo gracias!* apareció ante la vista de Norberto que, volviendo la cabeza, contestó al saludo de la rapazuela.

Cruzóse entre ambos tiernísima mirada y los ojos de Colasa no sabemos qué habrán dicho al molinero, que éste, bajando la vista, coloreóse su rostro y allá en el fondo de su alma sintió un no sé qué, inexplicable, obligándole á contemplar de nuevo á su cliente. Ella, dejando el grano en un rincón, salió de la estancia y al pié del castaño más próximo dejóse caer como desvanecida.

Mo había duda, la mirada de Norberto no pasó inadvertida para Colasa. ¡Cómo se vengaría de Santiago si al regreso de éste estuviese ella casada con el molinero! ¡Y qué conquista la suya si consiguiese enamorar á Norberto!

Después de tapar cuidadosamente los piés que, como dijo el poeta, bien podrían ocultarse en el cáliz de una rosa, extendió los brazos y apoyando en ellos su cabeza quedóse inmóvil, acariciada por tan feliz idea.

Mientras tanto, Norberto permanecía de pié, turbado, sin saber qué hacer, no dándose cuenta de lo que le pasaba. Su corazón latía con inusitada violencia y en muy corto intervalo de su pecho se habían escapado hondos suspiros que no podía ahogar por más que lo intentaba.

Herido, sin duda, por cupidinesca flecha, salió precipitadamente y procurando no hacer ruido, acercóse á Colasa. Esta dormía profundamente. Parecía un ángel.

¡Qué encantadora estaba! Palpitante el seno, entreviase un hermoso cuello blanco de delicadas líneas; sus purpurinos labios hallábanse entreabiertos y sonrientes, dejando ver la nivea dentadura; la leve brisa que mecía las hojas de los árboles, jugaba también con los rizosos bucles de la rapaza y aquellos hermosos ojos que Norberto había contemplado momentos antes, hallábanse ocultos por las largas aterciopeladas pestañas, haciendo soñar despierto al molinero que la miraba absorto, puesta una mano sobre el corazón que le latía con fuerza.

Así hubiera transcurrido mucho tiempo á no ponerse sobre la fresca mejilla de Colasa una imprudente mosca, que con infernal zumbido, la despertó al instante.

Incorporándose, pasó una mano por los ojos y miró á Norberto que, estrechándola entre sus brazos, la besó con ardiente frenesi.

—Estás loco, dijo cariñosamente Colasa.

—De amor apresuróse á contestar Norberto, y cayendo de rodillas, prodigóle amorosas palabras, á las que Colasa, fascinada, contestaba con apasio-

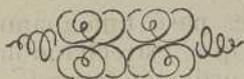
nados besos, y..... ¿qué había de suceder? No está bien el lino cerca del fuego.....

IV

Pasados algunos meses, un domingo, el señor Cura de la parroquia daba lectura á unas proclamas, causando tal efecto en los feligreses que no pudieron menos de mirarse unos á otros, asombrados ante el prodigio. Norberto, el enemigo sempiterno del matrimonio y las mujeres, iba á casarse.

Aquel día no le fué posible al pedáneo delectar el *Boletín*, según costumbre, á la puerta de la iglesia, porque no bien hubo terminado la misa, formóse alrededor de Norberto un corro de convencinos que daban el parabién al molinero, mientras las mujeres felicitaban calurosamente á Colasa. Algunas más maliciosas sonreían con marcada intención.

Semanas después celebróse la boda con toda la pompa y aparato propios del país, asistiendo también el soldado licenciado y antiguo novio de Colasa, que procedente de la Habana llegara días antes.



EL DISEÑO DE LA ESCUELA

EL DISEÑO DE LA ESCUELA

El diseño de la escuela es un problema de gran importancia, ya que afecta directamente a la calidad de la enseñanza y al bienestar de los alumnos. Este artículo analiza los factores que influyen en el diseño de una escuela, desde su estructura física hasta su organización pedagógica.

En primer lugar, es necesario tener en cuenta el contexto en el que se va a desarrollar la escuela. Esto incluye aspectos como el nivel socioeconómico de la zona, el clima, la disponibilidad de recursos y el número de alumnos que se espera que haya.

Una vez conocido el contexto, se debe definir los objetivos de la escuela y los principios que guiarán su diseño. Estos principios deben estar basados en la pedagogía y en el bienestar de los alumnos.

El diseño físico de la escuela es un aspecto fundamental. Debe ser funcional, seguro y atractivo. Esto implica considerar aspectos como la distribución de las aulas, la iluminación, el ruido y el acceso a servicios básicos.

Además, el diseño pedagógico es igualmente importante. Esto implica definir los métodos de enseñanza, los recursos que se utilizarán y la forma de evaluar el aprendizaje de los alumnos.

En conclusión, el diseño de la escuela es un proceso complejo que requiere la participación de todos los actores involucrados. Solo así se podrá crear un espacio que favorezca el aprendizaje y el desarrollo de los alumnos.



CASTIGO MERECIDO

Escondida entre las demás casas del barrio, alzabase blanca la pequeña y limpia casa de la modista más hermosa que cosía en los talleres de la ciudad. Rosa, la hija del zapatero Galo, era querida de todos los vecinos y cortejada por todos los mozos del barrio y fuera de él.

Las mujerucas la elogiaban por su excelente conducta y buen comportamiento para con su padre, el cual idolatraba á su única hija, fruto querido de su matrimonio y reflejo fiel de la santa mujer que la muerte le arrebató momentos después de haber dado á luz aquel querubin, como le decía el señorito que la enamoraba.

Galo era bueno, y solo tenía el defecto de emborracharse con frecuencia.

Cuando aparecía en lo alto de la callejuela, cantando playeras, tambaleándose, echado atrás el sombrero y revolviendo la lengua sin saber lo que decía, las vecinas cerraban presurosas la puerta de la calle, y Rosa se estremecía de terror ante los brillantes ojos y el descompuesto rostro de su padre.

Sin embargo, Galo desde que entraba en la casa, comprendiendo acaso el estado de embriaguez en que se hallaba, temeroso de disgustar á su Rosa, contemplábala un momento y luego silencioso, aco-

bardado, retirábase á su cuchitril y dormía tranquilo hasta el día siguiente.

Desde hacía algún tiempo, mostrábase el padre de Rosa muy incomodado y alguna vez la amenazó con romperla la crisma si la encontraba parada con el señorito que le hacía la corte, porque él no quería que su hija hablase con aquel joven, sinó con otro que fuese «de su igual.»

—Vamos á ver—le decía. ¿Qué esperas de ese *famélico*? ¿No comprendes que ese engomado, solo te habla por pasar el tiempo, tal vez por engañarte?...

Rosa callaba como una muerta, pero á pesar de comprender la verdad de lo que su padre decía, por nada de este mundo dejaba las relaciones.

Cada vez que el padre la sermoneaba, formábasele un nudó en el corazón y á solas derramaba amargo llanto..... ¡Quería tanto á su Manolo..... Le amaba locamente! Era tan guapo..... tan vehemente..... hablaba tan bien! ¡Cá! Ella no tenía valor para despaçharle, ni le olvidaría jamás.....

* * *

Una noche, como siempre, hallábanse los enamorados contándose sus penas y alegrías, sin hacer caso de las horas que transcurrían con pasmosa rapidez. Galo, después de haber tomado algo líquido en la taberna, regresaba á su casa, preocupado con la idea de atrapar á su yerno, como él llamaba al novio de su bella hija.

La noche estaba obscura; los faroles apenas iluminaban con su pálida luz la tortuosa callejuela; él sabía por confidencias de una vecina, donde solían arrullarse los tortolillos. Fuese despacito en dirección á ellos, sin cantar y conteniendo casi la respiración. Iba á hacer un escarmiento que fuese sonado. Al señorito le esperaba una paliza regular.

—Estate quieto. No seas niño, Manolo —decía Rosa cariñosamente al amado de su corazón.

—Pero mujer ¿cuándo dejarás de ser esquivia? Tú no me quieres. En cuanto pretendo besarte ya estás echando á correr..... Me llamas atrevido, tonto y qué sé yo cuantas cosas. Vas á hacer que dude de tu amor.....

—¡Mi padre!—exclamó presa de horrible angustia la muchacha, señalando al mismo tiempo la silueta de Galo, medio escondido en la sombra que proyectaba una casa, con los ojos fuera de sus órbitas, cerrados los puños, pateando con furia, ebrio de rabia y trazando en su mente terrible venganza.

Manolo parecia como clavado ante su amada, no sabia qué hacer, ni acertaba á separarse de Rosa, temeroso de que la maltratase el padre. Este parecia recrearse, como león que tiene segura su presa. Rosa, lívido el semblante, cubrióse con el pañuelo y empujando al señorito:—Huye—le dijo—que no te coja, si corre tras de ti.—Hízolo así Manolo y ella se metió en la primera casa que encontró abierta, no viendo en su precipitación á una mujer que sentada en el portal, creyó que la fugitiva era persona de casa, pues oyó que subía hasta el desván.

Galo, burlado por no dar alcance al novio, fijóse en el escondite de su hija y furioso, fuese á buscarla, siguiendo el largo pasillo que del portal conducía á las cuadras de la casa.

En aquel momento, la mujer que Rosa halló á su paso, se entretenía en dar de comer á unos marranillos. Galo, sin decir una palabra, desesperado, nervioso y ciego, tomó en sus brazos á la mujer y apretándola fuertemente, la llevó á su casa, amenazándola y cerrando la puerta con llave.

Lloraba la infeliz, daba voces, pedia por Dios, pero Galo, implacable, sin fijarse en nada, juraba y perjuraba que haría un escarmiento.

No había de verlos juntos otra vez.

Encendió la luz y se quedó estupefacto..... Aque-

lla no era Rosa, su bella hija, encanto de cuantos la miraban; era la vieja delatora de los amores de los jóvenes.....

Pidióla Galo mil perdones y sin comprender su error, ni acertar á disculparse, lloró al ver las lágrimas de la pobre mujer que todavía temblaba, como al ser sorprendida por aquellos brazos de hierro, que poco antes la aprisionaban.

Al salir la vieja de la casa del zapatero, apareció en la calle Rosa, que saludó atenta á la vecina y abrazó á su padre, diciéndole que venía de comprar un carrete de hilo para terminar de noche un *matiné* que estaba haciendo.

Más tarde los novios comentaron el suceso, alegrándose de que Galo se hubiese equivocado y hubiese asustado á la vieja.

Manolito, riéndose como un chiquillo, decía:

—Ya que ella fué la que enteró á tu padre, me alegro que él mismo castigase su mala acción, siquiera lo hiciese inconscientemente.

Castigo merecido.





PERICO EL HERRERO

Al alegre y alborozado toque de las campanas sucedía el seco estampido de las bombas y cohetes, mezclándose en confusión ensordecedora los sonidos alegres de la música, la vibración de los clarines de caballería y trompetas de artillería y las notas sonoras, dulces, de la marcha real española que ejecutaba la orquesta al pie de la escalinata de la colegiata en el momento de salir la procesión del *Corpus* con su brillante cohorte de sacerdotes, revestidos de blancas y rizadas pellices, de canónigos luciendo sus hermosas capas de relucientes adornos y el elemento civil y el militar, ataviados con sus más ricas galas, al frente de los cuales se veía el cuerpo de la guardia municipal hecho un ascua de oro, orgulloso y gallardo, dentro del flamante uniforme azulado con vivos blancos. Cerraba la comitiva lujosa y resplandeciente, la presidencia, formada por las autoridades ó mejor dicho, cerraban el cortejo los ordenanzas y porteros de las oficinas que con los trapitos de cristianar, elegantes dentro de su humilde condición, llevaban cuidadosamente, procurando que ni se mancharan ni abollasen los sombreros de copa y chacots de sus respectivos amos, de sus jefes y dueños, pues para esos empleados no hay más mandarines en el mundo que los que la suerte les de.

para, según ocupen el poder liberales ó conservadores.

Entre aquella abigarrada muchedumbre de empleados y militares que formaban en la procesión, ninguno se destacaba tanto, tal vez por su estatura realmente disforme, acaso por sus rasgos fisonómicos, singularísimos, ó también por la elegancia de su uniforme de galoneado frac, pantalón de franja de oro y chaleco blanco rival de la planchada camisola, como Perico, el portero mayor del gobierno civil, que casi tocando con los talones al cabo de gastadores que iba al frente del piquete de honor, parecía un personaje de primera fila, no obstante figurar el último en la comitiva.

La procesión hizo alto, cesaron las campanas su repiqueteo alborozado, el cohetero suspendió sus tareas, enmudecieron las bandas de cornetas, los clarines y las trompetas; la brillante banda militar dejó de dar al viento los alegres sonos, y la orquesta, tras breve intervalo, preludió una obra eminentemente religiosa, que tenía algo de plegaria, reminiscencias de himno, un no sé qué de celestial y místico canto que solo podría compararse al que nos hemos imaginado que formarían los coros de ángeles y serafines que en el cielo bendicen las glorias del Creador. El silencio era sepulcral, nubes de oloroso incienso subían en graciosas espirales hasta perderse en lo alto; y el sol esplendoroso, brillando en el azul del firmamento, esparcía sus luminosos rayos, quebrándose en los brocados de oro de las sagradas vestiduras de los sacerdotes y en las bruñidas armas de los militares.

Perico, á quien su abundante cabellera preservaba del ardiente sol, permanecía inmóvil, inclinado reverentemente ante el altar, escuchando estático el religioso villancico y fija en el suelo cubierto de flores y aromáticas plantas su mirada penetrante, cual si escudriñara entre aquellos haces

de rosas y olorosas hierbas el enigma de su tristeza en día de tan grande fiesta, cuando él, que iba elegantemente prendido, debía precisamente ser feliz, llamarse dichoso, toda vez que veía colmados con creces los anhelos de toda su vida. Sin embargo, sentíase acongojado, como fuera de su centro, abatido, mustio, y presa de horrible pena, cual si su destino le pesara, como si aquella casaca galoneada de oro le abrumara, le ciñera, imposibilitándole para andar con libertad y desenvoltura.....

De tan tristes reflexiones vino á sacarle repentinamente el nuevo sonar de las músicas y las campanas y el seco estampido de los cohetes que iniciaron general movimiento, continuando su marcha la lujosa comitiva, bajo la lluvia de flores y coronas, que las mujeres arrojaban desde los balcones, entre las nubes de incienso que se escapaban á borbotones de los pebeteros de maciza plata, que agitaban los sacerdotes y achicharrados todos los concurrentes por los rayos de un sol ardiente.

Firme en su puesto, marcando el paso al compás de la música, cariacontecido mejor que orgulloso, aplastado bajo el peso de su uniforme, caminaba Perico, atrayendo las miradas de todos los que le conocieran en su taller de herrero, al pie de la fragua, patrimonio de sus antepasados, sudoroso, sucio, con astrosa blusilla y encrespada melena.

Parecía avergonzado, figurábasele que cuantos le contemplaban murmuraban de él, sacábanle á relucir su pasado y se burlaban sarcásticamente del herrero que por holgazanería, buscando una vida regalona y exenta de afanes y sudores, abandonara su oficio, sostén de sus abuelos, de sus padres y de sus propios hijos, para entregarse á disfrutar de las delicias que la empleomanía proporciona, pasándose los días sentado en una silla cerca de la puerta de un despacho, fumando cigarrillos, haciendo genuflexiones por la mañana y viviendo la vida

de los perdidos por las tardes y las noches, encerrado con compañeros de ansias y fatigas en las tabernas, donde gozan de cierta influencia los que algún día pueden intervenir para evitar una multa por infracción de las leyes de policía.

¡Oh! ¡Qué ganas tenía Perico de que la procesión se recogiera! ¡Cuánto daría él por pasar inadvertido para todos sus antiguos clientes, para sus compañeros de oficio, para todas las comadres de su barrio!

Pero no, apenas levantaba la vista, no bien dirigía sus ojos á la compacta muchedumbre que se agolpaba en ventanas y balcones, y se arremolinaba en las boca-calles, ávida de presenciar el paso de la comitiva, tropezaba Perico con las miradas de todos los espectadores que le flechaban, que se clavaban en él con saña, envidiosas tal vez, maldicientes seguramente.

Y vuelta á pensar en lo pasado. Por su mente deslizábanse los recuerdos de la niñez, los días venturosos de su juventud, la dicha que le embargaba cuando los domingos, trás una semana de rudo trabajo, con su blanca camisa, sus pantalones bombachos, su sombrero de fieltro, aseado, pulcro, con un duro en el bolsillo y procurándose trabajo para los siguientes días en tratos con carpinteros y maestros de obras, salía al paseo y saboreaba en el café una taza del excitante moka.

¡Qué diferencia de vida la de ahora!

Sujeto á sus mil pesetas de sueldo con descuento, embutido en su uniforme en las horas de oficina y pervertido en el resto del día, malgastando en francachelas y comilonas los mal contados diez reales con que el Estado premiaba sus servicios. Antes en su casa había paz, reinaba la dicha y su hogar era de los más felices, porque Perico gozaba entre los menestrales de merecida reputación y por su honradez, su competencia en el oficio y su acri-

solada conducta, jamás le faltaba trabajo, teniendo su casa perfectamente atendida.

Ahora sus hijos apenas tenían ropas que vestir, su esposa habíase visto obligada á llevar al Monte de Piedad muchas de las mejores prendas y su apuro era grande para encender el fogón y dar pan á los chiquitines.

Y para llegar á tal ruina había suspirado siempre por un destino, dejara sus herrajes, abominara de su honrada vida de artesano y ascendiera hasta ponerse en camino de ser señorito.

Aquel día era la primera vez que Perico lucía en actos oficiales su uniforme, pero lo cierto es que el mundo se le venía encima, que el calor le sofocaba, que la almidonada camisola le oprimía y el alto cuello antojábasele ceñido corbatín dispuesto á ahogarle; y en realidad ni el traje le hacía sudar, ni sentaban mal á su morena tez de poblada y correctamente afeitada barba, las galas que amén del sueldo le suministraba su destinillo.

¿Por qué había de hallarse tan triste, si iba afortunadamente gozando de las dichas mucho tiempo soñadas, si había conseguido sus más vehementes deseos y veíase libre del yunque, del polvillo de la fragua, de la suciedad de su oficio?

¿No podía considerarse presidente de la procesión del *Corpus*? Alguna vez en su vida ¿habíase visto tan elegante, con guantes blancos sus manos, antes teñidas por el carbón, de corbata y frac? ¿No decía mil veces que su vida era la de un condenado y que el infierno no podía rezar nunca con los herreros por pasarlo ya en este valle de lágrimas?

* * *

Con la misma pompa y solemnidad que á la salida, recogióse la procesión en la colegiata, después de haber recorrido el acostumbrado itinerario. Desfilaron las tropas que cubrieran la carrera; las co-

misiones oficiales retiráronse á las dependencias públicas, y después de despedir en el gobierno al jefe de la provincia los empleados, formando animados corros, fueron desapareciendo poco á poco. Quedaban en los pasillos del palacio provincial los ordenanzas y porteros que también fueron marchando, excepción hecha de Perico que solo, sin poderse dominar, sin importarle un ardite el arrugar su lujoso uniforme, permanecía tumbado en el diván de la antesala, cerrados los ojos, lívido el semblante y rígido como un cadáver.

Un sudor frío bañaba su rostro; se sentía mal; las emociones sufridas habíanle causado honda perturbación y ni ánimos tenía para ponerse en pie.

Hubo necesidad de conducirlo á su casa, inspirando compasión su estado, pues á juicio de los Galenos no podía esperarse mucha vida en aquel hombre que padecía sin género de duda las consecuencias de una insolación. Era preciso esperar al día siguiente y observar los verdaderos síntomas de la enfermedad.

¡Qué noche más angustiosa la del pobre Perico!

Una duda horrible le atormentara constantemente. Su situación habíase hecho insostenible, aquella vida no podía seguirse, su sueldo con las mermas de la taberna no bastaba para cubrir las atenciones de su casa y no tenía en sí propio gran confianza para dejar de frecuentar garitos, entre otras muchas razones, por estar probado hasta la evidencia que la ociosidad es fiel consejera de todos los vicios. ¿Qué hacer? Por otra parte ¿no era inmensa vergüenza y una falta gravísima, imperdonable, dejar abandonados á sus hijos y á su esposa que carecían de lo más indispensable, mientras él derrochaba alegremente el pan de su familia?

¡Ah! ¡Qué necedad! El médico no había visto su enfermedad, no comprendiera su dolor; no era insolación, no eran accidentes epilépticos los que

sufría; su mal estaba en los remordimientos de la conciencia, aquejábale una dolencia moral, perdiera, al obtener el destino, el hábito al trabajo, se había equivocado grandemente: era más feliz cien veces cuando sordo por los golpes del martillo, sudoroso ante la fragua, no pensaba en orgías y atento á ganar el sustento, se retiraba á su hogar tan pronto dejaba el taller, afanoso de volver á sus quehaceres al romper el día.

Y presa de nerviosa excitación, dando voces, despertóse Perico y abriendo desmesuradamente los ojos, contempló á su pobre esposa que abatida, llorosa, pálida, velaba al lado del enfermo aquel sueño agitado.

Perico mío—le decía—¿estás mejor? ¿Qué te duele? ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así con esos ojos de loco, de extraviado? ¿Me conoces? Soy tu Flora, soy tu mujer que te quiere con toda su alma, que no se apartó de tu vera un momento. Háblame. Por Dios, Perico, contéstame. Y amorosa, sin poder contener las lágrimas, abalanzóse al enfermo, estrechándole entre sus brazos, besándole frenética en transportes de infinita ternura.

—¡Oh! Que mal estoy, Florita de mi vida—exclamó entre sollozoso y fatigado, trás breve silencio, el enfermo, que á duras penas podía contener la emoción oyendo á su esposa en aquel horrible despertar.

—Voy corriendo á llamar el médico.

—No, no,—prosiguió Perico procurando dominarse;—no quiero médicos, no preciso medicinas ni brevajes; ansío tranquilidad para mi espíritu, muy decaído ha tiempo; deseo ser honrado; quiero que tú seas feliz como antes, que nuestros hijos no vaguen haraposos, hambrientos; busco trabajo; detesto esa portería, ese destino, ese uniforme que ayer estrené en la procesión del *Corpus*, y que creí lucir orgulloso, juzgando, insensato, que la felicidad y la dicha se hallan en la holgazanería; quiero.....

No pudo decir más, porque un nuevo desvanecimiento le privó de la palabra, dejando caer lánguidamente su cabeza sobre el brazo de Flora, que le miraba extasiada, sin atreverse á interrumpirle.

Pasados los primeros instantes, Perico recuperó sus bríos, incorporóse de nuevo y preocupado con la pesadilla que le agobiara durante la noche, preguntó con la fuerza que su estado le permitía:

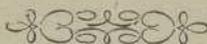
—¿Qué debo yo hacer?

—Que has de hacer, Perico de mi alma—replicó vivamente la esposa;—quieres ser honrado, quieres que renazca la felicidad en tu casa, deseas trabajar y ganar el sustento, libre de vicios? Pues vuelve á tu herrería, renuncia ese maldito destino, viste tu antigua blusilla azul, déjate de uniformes pomposos y al pie de la fragua, tostado el rostro, sucio por el polvillo del carbón, vivirás más contento que en esa ociosidad impropia de un hombre como tú, acostumbrado á las diarias y rudas faenas. Serás feliz como lo fueron tu padre, tu abuelo y todos tus ascendientes.

—Sí, tienes razón, esposa mía, así lo haré. Dejaré de ser empleado, aspirante á señorito; seré herrero, trabajador, honrado, hacendoso, buen marido y excelente padre de familia. Ya estoy mejorado de mi enfermedad, he sacado un peso enorme de encima y tan pronto reponga un poco mis quebrantadas fuerzas, abriré de nuevo mi taller.

Tal como lo dijo Perico, así lo hizo. El portero del gobierno civil, que con su uniforme reluciente, flamante, galoneado de oro, atraía las miradas de todos en la procesión del *Corpus*, veíasele á los pocos días en la fragua desde el anochecer hasta el toque de oraciones. Los concurrentes á la taberna echábanle de menos, pero no lloraban pidiendo pan sus hijos, ni faltaba jamás Perico en su casa tan pronto cerraba la herrería.

Al año siguiente, cuando la procesión salía de la colegiata, con su cohorte de sacerdotes y de canónigos, el elemento civil y militar, precedido de la guardia municipal, entre el alborozado repiqueo de las campanas, el seco estampido de los cohetes y los alegres sonidos de las músicas, estaba al pie de la escalinata Perico, el herrero, con su blanca camisa, sus pantalones bombachos, su sombrero de fieltro, pulcro, aseado y con un duro en el bolsillo..... A su lado hallábanse sus hijos y su esposa, radiante de alegría, bendiciendo al cielo que le había devuelto á su marido, quien recordando su fugaz extravío, no podía contenerse y trataba de ocultar con el pañuelo sus ojos humedecidos por el llanto.



COMISSÃO

... ..
... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..
... ..



HEROISMO

I

Germán había dormido muy poco. El recuerdo de la rubia no le permitiera conciliar el sueño y por más que trataba de alejar de su mente la bellísima figura de aquella encantadora mujer, que solo un momento contemplara en el paseo, su corazón tierno y apasionado siempre, no dejaba de latirle.

Morfeo no podía imperar, porque se lo prohibía el dios de los ojos vendados, poniendo de mal humor al pobre Germán que dió más vueltas durante la noche, que el anemómetro un día de viento.

Desesperado, sentóse en el lecho y comenzó á meditar un plan de batalla para conquistar la rubia del paseo. Averiguaria su domicilio, buscándola por todas partes hasta tropezarla; la seguiría á todos lados y cuando subiese á una casa, se asomase al balcón sin sombrero, le dirigiese desdeñosa mirada primero, compasiva después y más tarde amorosa, podría dar principio el fuego y seguramente que se rendiría, porque él no cejaría en su empeño, y la mujer dicen que es débil.....

Compraría una caja de papel y sobres de última novedad, redactaría la epístola, tomando del formulario de cartas amorosas, que poseía, las frases más enamoradas y los más poéticos párrafos; procuraría hacer bien la letra, poniendo á la vez sumo cuidado en la ortografía. Cerrado el sobre, se la enviaría por la doncella, dulcificada por la correspondiente propina..... aunque fuese un duro, bien lo merecía aquel ángel bajado del cielo.

Después..... no quiso continuar. Frunció el entrecejo y se vistió de prisa sin descuidar por eso su *toilette*, poniendo gran esmero en el peinado que, siguiendo la moda predominante entonces, partía el cabello con una raya por medio de la cabeza.

Tampoco descuidó el lazo de su corbata, que se empeñaba en no salir bien. Dos veces lo hizo y otras tantas lo deshizo, llegando á exasperarse, hasta que por fin estuvo á su gusto. Se miró al espejo y en verdad que estaba todo un buen mozo.

II

Era el mes de Abril, el mes de las flores, cuando los campos están cubiertos de rosas y la atmósfera impregnada del aroma que exhalan. Germán estrenaba un traje claro muy hermoso, cuyos colores contrastaban con su morena tez y su rizada barba negra.

Con su elegante bastón de ébano, sombrero hongo castaño y la caprichosa corbata de fondo blanco y azules estrellitas, podía presentarse en cualquier parte.

Era de aspecto simpático, tenía modales distinguidos, pero su ilustración no correspondía á su figura arrogante de joven que cuenta 25 años de

edad, ocho de estudio oficial en un colegio de segunda enseñanza y cuatro de paseante en corte.

Lo único que estaba al alcance de Germán eran los toros, fiesta que le divertía mucho, poseyendo todos los conocimientos necesarios para sentar plaza de crítico taurino.

De mujeres también sabía distinguir; á él no le gustaban las feas, prefería las de talle alto, abultado seno, ojos azules ó negros, boca pequeña, mirar dulce, breve pie y sonrosado rostro. En sus paseos y correrías por teatros, hipódromos y plazas de toros había admirado más de una vez las niñas de buen palmito, entusiasmándole hasta el extremo de enamorarse; pero hacer el amor.... no se atrevía.

Pensar en tener relaciones y sentir escalofríos por todo el cuerpo era cosa segura. ¿Cómo decir á una mujer que se la quiere, que se le ama?

Sin embargo, el recuerdo de la rubita rompió los viejos moldes y se propuso tener relaciones amorosas con ella.

Miró el magnífico cronómetro y era todavía muy temprano para pasear. Abrió de par en par las ventanas de su gabinete y se quedó absorto contemplando el ir y venir de las gentes que á tales horas se ven en las poblaciones. Las muchachas que con el cesto bajo el brazo se dirigían á la compra; las beatas arrebuñadas en sus largos mantos regresaban de misa, tapando cuidadosamente la boca y bajando pudorosas la vista, murmuraban todavía algunos rezos de los muchos que entre despiertas y dormidas habían recitado en la iglesia. Los panaderos con sus cochecitos reparten el pan á sus parroquianos. A la puerta de las casas se veía el montón de polvo que los barrenderos recogían en los carros de la limpieza. De las tabernas salían algunos jornaleros, limpiándose la boca con la manga, después de haberse desayunado con la copa del

aguardiente. Sonaban las esquilas en las lecherías y se oía la voz del vendedor de buñuelos.

Todo esto lo miraba sin verlo nuestro joven, continuamente preocupado con la rubia.

En el hermoso cielo sin nubes, brillaba esplendoroso el astro del día, iluminando con sus rayos ardientes los balcones de la vecindad, haciendo desaparecer las gotas del rocío que cual perlas se veían en las flores de las macetas, y comunicando calor y vida á la tierra.

III

De pronto en un balcón cubierto de violetas, trepadoras y otras muchas flores, distinguió la silueta de una joven que cuidaba las macetas y provista de pequeña regadera refrescaba con agua la tierra donde aquellas crecían frescas y lozanas, exhalando embriagador perfume.

Germán la miró; era un placer contemplar tal dechado de hermosura. Sobre el blanquísimo *matiné* que cubría aquel cuerpo adorable, flotaba á merced de la brisa, destacándose bellissimo, el rubio cabello suelto, semejante á finisimas hebras de oro; su rostro era blanco cual ampo de nieve, las facciones bien formadas y sus ojos..... sus ojos azules reflejaban una tranquilidad de espíritu que hacían ver la bondad de su alma y aparecían grandes y bellos como el cielo, transparentes como las límpidas aguas de extenso lago é imposibles de mirar, pues cual dos soles de Junio herían no la vista, sino el alma. Aquellos ojos pedían amor y nadie podría negárselo.

Aturdido, rojo de vergüenza, conturbado como chiquillo á quien cojen en inocente delito, se retiró del balcón y sentóse en una silla; no podía tener.

se en pie, su cabeza no regia, estaba mareado, tambaleándose como un borracho.

Aquella mujer era sin duda la que había servido de modelo para sus virgenes á Murillo, era la misma que había visto el día anterior en el paseo. Pensaba buscarla y era buscado por ella.

Allí la tenía, era su vecina, la vecina de enfrente... ¡Estar tan cerca de ella! ¡Dios mío, que dicha!—exclamaba alargando la cabeza para mirarse en el espejo, no bien se hubo repuesto de la emoción sufrida.....

¿Y qué haría? Asomarse de nuevo á la ventana; mirarla una y cien veces.... pero no se atrevía, estaba nervioso, su corazón palpitaba fuertemente y los propósitos que hacía poco le animaban para buscarla, seguirla y pedirla amor, habían ido por tierra con solo verla en los balcones de su casa.

Se levantó, sin embargo, y rodeándose de las precauciones debidas para no ser visto por ella, miró si todavía estaba en el balcón.

En aquel momento se entretenía la rubia en cortar de una mata de claveles rojos algunos con los que adornaba su pecho. Luego se quedó mirando la calle, como entretenida y sin hacer caso de cuanto ocurría á su alrededor.

Temblando se asomó también Germán con una tos que hizo á la rubia levantar sus hermosos ojos para mirar al vecino madrugador; cruzóse entre ambos tierna mirada y el joven se retiró inmediatamente. Tomó una de sus tarjetas, escribió debajo de su nombre algunas líneas y, cerrándola en un sobre, se asomó de nuevo en ocasión que la bella miraba su ventana.

Haciendo á la vez un gracioso saludo, arrojó al balcón la tarjeta, que fué á caer entre los rojos claveles, de donde la recojió sonriente la vecina y guardándola, cerró las vidrieras. Germán no la perdía de vista. Detrás de la ventana leyó su amada

la misiva, que no era otra cosa que breve, pero expresiva declaración amorosa: guardola otra vez en el sobre y abriendo la ventana le dijo:—Mañana nos veremos aquí á esta misma hora.

IV

No tenía vueltas, Germán era correspondido; los ojos de aquel ángel encantador se lo habían dicho; además, la cita por ella dada, bien claro se lo daba á entender. Si no aceptase, si no le quisiera, no hubiese recogido la tarjeta, se la devolvería tan pronto se enterase de lo que decía.

¡Ah, qué dicha! Mañana sabré su nombre, que como ella debe ser muy hermoso, me querrá, la amaré como los ángeles deben amarse en el cielo; tú—decía mirando al balcón—serás la felicidad que tanto ansío. Y pensando, pensando llegaba á suponerla su esposa..... Llevar del brazo tan hechicera mujer, hablar con ella bajito, muy bajito, besarla, estrecharla contra mi corazón.....

Loco de alegría paseaba á grandes pasos su gabinete y volviendo á la realidad de las cosas se asombraba de su atrevimiento, no podía concebir como tuviera valor para tanto.

No era la primera vez que se enamoraba de una mujer, que la seguía á todas partes, que soñaba con su amor, que la amaba, en fin y, sin embargo, nunca había hecho declaraciones de ese ní de otro género y, vamos..... de algunas sabía él que no le darían un desaire; pero la pregunta que se hacía siempre ¿qué les digo si me aceptan? era causa suficiente para contentarse con amar platónicamente.

Llegó la mañana siguiente, esperada con verdadera impaciencia por el pollo que no aguardó para vestirse á que el sol luciese en el cielo. Encendió la

luz, pues era todavía de noche, se vistió, abrió la ventana y sin importársele un ardite la brisa fresca de la mañana, al menor ruido que percibía se asomaba, en la creencia de que era la rubia.

Casi á la misma hora apareció ésta radiante de belleza con la regadera de las flores en la mano. Al ver al joven se sonrió candorosamente y, retirándose un poco para no ser vista desde la calle, devolvióle la tarjeta misma de Germán al respaldo de la cual, en menudísima letra, le propinaba las calabazas más grandes que se registran en la historia del amor no correspondido.

Pasada la primera dolorosa impresión que la inesperada negativa le produjo, Germán se sintió feliz, porque buscando consuelo á su aflicción y tratando de disipar la nube de infinita tristeza que nublabla sus ojos, dijo loco de alegría:

—Al fin me atreví; esta tarjeta no es el simbolo de una derrota amorosa, es el trofeo glorioso de mi heroismo.





LA ÚLTIMA ALBORADA

(COSTUMERES GALLEGAS)

Allá en lo más profundo del valle que serpentea susurrando pequeño riachuelo, escondida entre las ramas de los castaños y oculta cual nido de amor, álzase blanca como una paloma, la cabaña del gaitero de Corrubedo.

Allí vivía el infeliz Narciso triste y olvidado de todos, teniendo por consuelo de sus penas las tiernas caricias que le prodigaba su única hija, fruto querido de su amor.

No era todavía anciano y, sin embargo, las canas coronaban ya su cabeza, sus negros hermosos ojos habían perdido todo su brillo y sus coloradas mejillas adquirían cierto tinte pálido, semejante á la faz de un muerto.

Para el gaitero habían pasado los días de sus glorias y de sus dichas; la fama que en otros tiempos había constituido su felicidad, fuérase extinguiendo poco á poco y aquellas manos de artista acostumbradas al manejo del *punteiro*, habíanse vuelto duras y callosas á fuerza del continuo trabajo, rudo y penoso del labrador.

Enamorado locamente de la más bella moza del

lugar, había tenido la desgracia de perderla al poco tiempo de casado, dejándole una hija y sumiéndole en la más espantosa soledad.

Y como no podía ganarse la vida con la gaita, se viera precisado á colgarla, empuñando el arado y demás aperos de labranza.

En las romerías y fiestas no sonaba para nada el tradicional instrumento, siendo reemplazado por atronadora murga, que tocaba á rabiarse polkas y wals, bailes que por ser *agarradiños* los preferían las mozas de ahora. El gaitero se hallaba relegado á tristísimo olvido, poniéndose el pobre Narciso de un humor de todos los diablos siempre que en alguna parroquia tenía efecto la fiesta del patrón.

Narciso, que con tanta insistencia era buscado en otros tiempos, hasta el extremo de aplazarse por su causa las fiestas, y sin el cual no podían celebrarse bodas, romerías ni *ruadas*, podía tirar tranquilamente del *sacho* sin temer le importunase nadie.

¡Cuánto va de tiempos á tiempos!

Una fiesta sin gaita, una romería sin que Narciso dejase oír las arrobadoras armonías de su instrumento, no era fiesta: las mujeres casadas ponían ceño, los hombres no cesaban de dar tiernos abrazos y apasionados besos á la repleta bota, alejando de esta manera la pena que sentían al verse privados de la presencia del gaitero; los mozos y mozas, siempre alegres y decidores, tornábanse mustios y tristes, y aún cuando apareciese por allí algún músico que tocara la *zanfoña* ó el *tamboril*, ninguno bailaba, haciéndolo únicamente obligados por el aburrimiento que les causaba la falta de Narciso.

El nombre del gaitero de Corrubedo era pronunciado casi con reverencia, disputándose las muchachas cual había de ser la preferida por él.

Los curas párrocos le apreciaban tanto que le sentaban á su misma mesa y, prodigándole muchos

elogios, procuraban traerle siempre contento; porque misa que él no acompañase podía decirse que carecía de solemnidad.

Tan á maravilla manejaba la gaita que más de una vez al bordar Narciso las mágicas notas de una *muiñeira*, los señores abades, no pudiendo contenerse, la bailaban unos con otros, después de echar el cerrojo á la puerta; pero á los mozos y al gaitero no les pasaban inadvertidos aquellos momentos de entusiasmo y éste, que les trataba á todos con mucha confianza, solía decirles con sorna: *¿Qué tal, señor cura, seica lle daba gusto á muiñeira?*

Era tal la fama del gaitero que en diez leguas á la redonda, no había fiesta sin Narciso ni rapaza que no se muriese por sus pedazos.

Encantaba verle con su primorosa gaita de *fol* adornado con verde fleco. En un instante recorrían sus dedos de *costurerita* aquel famoso *punteiro*, lanzando á los vientos tiernas notas, preludeo de alegre *muiñeira*. Los muchachos no se atrevían á hacerle la picardía de tapar el *roncón*, y en el *turreiro*, era él, con su terciada montera, corto calzón de polaina y aterciopelada chaquetilla, el héroe de todas las romerías.

Figura más arrogante no se paseaba seguramente por ninguna de aquellas feligresías.

Era, además, un hombre templado y de muchísimo valor; pero si los mozos armaban *camorra* enarbolando furiosos temibles *fungueiros*, Narciso poseía un talismán admirable para contener los belicosos impetus de la mocedad; lo que no conseguían el alcalde y párrocos con temeranas y exhortaciones, alcanzábalo él con su mágico instrumento.

—*Vamos, rapaces, haxa paz*,—decía, y dando cariñoso abrazo al guarnecido *fol* ponía en orden la chusma en tocando la gaita.

Tenia tal encanto, cautivaba de tal modo, que oyéndole ejecutar una *muiñeira* no había más remedio que, á falta de castañuelas, buscarlas en los dedos, no dando paz á las piernas mientras no cesaba de tocar.

Pero ¡ay! el imperio de la gaita pasó y el gaitero fué sin piedad destronado, ocupando el puesto que él tenía los endiablados cornetines de llaves que hiriendo el tímpano menos delicado, con sus desabridas notas, tan pronto se remontan á ignotas regiones, como descienden á este valle de lágrimas y desdichas.

Sin embargo, trás muchas amarguras, amaneció un día en que el gaitero pareció vislumbrar un rayo benéfico que le hizo concebir halagüeñas esperanzas, recuperando así el poder y señorío de más felices épocas ya pasadas.

La gaita, cual el ave mitológica, resucitaria de sus cenizas, siendo el restaurador del destronado imperio un gallego, que poseyendo muy buena fortuna, regresaba de las Antillas al suelo nativo, deseoso de que al morir guardase sus restos aquella misma tierra que le había visto nacer.

Aquel hombre rico quería conmemorar su regreso á la patria celebrando una fiesta que dejase nombre en el país; una romería en la que se había de desplegar todo el esplendor posible.

Quería que, además de *foquetes de tres estalos*, *misa cantada* y *sermón*, el *macaco* de fuego, una *becerra* que se rifaría entre las mozas del lugar y la música, hubiese también, según costumbre cuando él abandonara la tierra, la gaita, ese instrumento característico del país que tantas veces había hecho las delicias del *indiano*, como le llamaban los vecinos. Sí, la gaita de Narciso á la que arrancaba éste trinos de ruiseñor y cuyas notas semejaban melodioso concierto de pájaros, cuando en la floresta saludan alegres al sol poniente.

Así se lo comunicaron al gaitero de Corrubedo que á punto estuvo de enloquecer de alegría. Aquellos días no hacía sino contemplar con mezcla de veneración y respeto al empolvado instrumento que, pendiente de un clavo, se hallaba al pie de su lecho en amigable consorcio con calzones y polainas.

A veces poníase triste, muy triste, y fija en el suelo la mirada repasaba en los recónditos escondrijos de su memoria los venturosos días de su mocedad, cuando agasajado y querido de todos triunfaba satisfecho y feliz en las *ruadas* y romerías.

Antes de acostarse dirigíale todas las noches triste mirada, haciendo firme propósito de descolgarla al siguiente día. Mas, como si hada fatídica se lo impidiese, siempre que lo intentaba poníase tembloroso y apesadumbrado, terminando por llorar.

¡Pobre gaitero!

Casi casi estaba decidido á no concurrir á la fiesta.....

No obstante, un día poseído de su antiguo valor, descolgóla al fin y tomándola en sus brazos sentóse bajo el *alpendre* y con cariñosa solicitud fué quitándole el polvo.

Pronto, con aquella dulzura de antaño tocó una preciosa alborada. A pesar de sus años y el tiempo transcurrido ejecutábala de inimitable manera.

En aquellas notas tristes á veces y retozonas otras, parecían percibirse todos los encantos que encierra la tierra gallega; el rumor de la brisa en los pinares, los tiernos arrullos de la tórtola, el sol que brilla en el cielo límpido y azulado, el balido del ganado que sesteá en los prados, el murmurar de la fuente, los pájaros que trinan, el intencionado y picaresco *parrafeo* de los mozos, el canto melódico y triste del *alalaa*..... todo cuanto de poético y encantador se respira en la hermosa y hechicera Galicia.

Narciso, embelesado, no cesaba de repetir la al-

borada, parecía una cascada de argentinas y frescas notas que cada vez fascinaban más y más al pobre viejo.

Hubo un momento en que se diría que la gaita reía y lloraba á la vez y el gaitero rendido trás tantas emociones calló, enjugándose con el pañuelo de yerbas dos lagrimones que surcando sus megillas, iban á posarse en el colorado *fol* de verde fleco.

Aquella fué la última alborada que ejecutó el renombrado gaitero de Corrubedo, porque victima de una enfermedad no conocida de la ciencia médica, Narciso dejó de existir á los pocos días.

Las gentes de aquella comarca juran y perjuran que con Narciso se terminó la raza de los gaiteros gallegos, pues era el de Corrubedo, músico y poeta á la vez que poseía el mismo secreto de aquel otro gaitero descrito por el inimitable Curros Enriquez.





LA FLOR DE LA ALBAHACA

I

Era el 24 de Junio. En un extenso y frondoso campo bañado por el poético Miño, celebrábase la romería de San Juan. Serían las cuatro de la tarde cuando una murga compuesta de ocho músicos preludiaba un wals, en competencia con la gaita, que hacía largo rato dejaba oír una alegre muiñeira, admirablemente ejecutada por el gaitero, y bailada por gran número de mozas y mozos.

Todo era animación y bullicio. Aquí, una ciega que con una muchacha entona picarescas coplas, acompañándose de una desapacible zampoña; más allá, un grupo de mozos, comen alegremente unas cuantas libras de cerezas; otros, juegan rosquillas, y los vendedores de vinos y licores no cesan un momento de llenar jarros y jarros, y de despachar el imprescindible resóleo.

Una pareja amorosa pasea silenciosa por entre las largas filas de carros, cargados con sendos pellejos de vino; todos parece les miran con curiosidad, pero ellos caminan con la vista fija en el suelo, como si entre el verde césped hubieran perdido alguna cosa, que tratasen de recuperar. De vez en

cuando solían écharse una mirada llena de infinita amargura.

Eran Rosa de Casa-grande y su novio Ramón, ambos vestían sus trajes de fiesta; ella, era la muchacha más bella de todo aquel contorno, esbelta y bien formada, su cara parecía la de un ángel, y su seductora mirada sería capaz, por sí sola, de prender fuego á una estatua de bronce; su cabello negro y sedoso dábele un aire de africana, y mejor que gallega, parecía una hija de la bella Andalucía; con su *dengue* de grana con franjas de terciopelo negro y su *mantelo*, profusamente adornado también, semejaba la santa que por la mañana había salido en la procesión. El era un buen mozo y, como ella, vestía al estilo del país.

Cansados de tanto pasear, y molestados acaso por el bullicio de la romería, sentáronse sobre la verde alfombra á la sombra de un corpulento castaño que estaba á orillas del río. Los dos miraban las limpidas aguas, y en sus semblantes tristes y un tanto pálidos retratábase la pena que affigia sus corazones.

II

Mucho tiempo hacía que tenían relaciones, pero los pocos bienes de fortuna del novio hacían imposible el matrimonio, que ellos tanto anhelaban.

Era hijo de unos pobres labradores, quienes por una parte las continuas desgracias, y por otra la mucha familia, habían visto reducidos sus ahorros y la necesidad les había obligado á vender algunas tierras.

Ramón decidiera marchar á América, deseoso de hacer fortuna y ver si de este modo podía algún día hacer esposa suya á la encantadora Rosita.

El día señalado para partir era el siguiente al

de la romería. Por eso estaban tan tristes, pues si bien es cierto que les alentaba la esperanza de ser felices, también les atormentaba la idea de tener que alejarse por tiempo indeterminado.

—¡Quién sabe si podremos volver á vernos!— pensaban ambos. Y sin embargo, uno y otro estaban decididos á separarse, acariciados por la esperanza.

Aproximábase la hora de marchar; gran número de vecinos y amigos acompañaron hasta la próxima estación al emigrante. Allí estaba Rosa, llorando sin consuelo y abrazando á su Ramón; éste, por más que se esforzaba, no podía impedir que algunas lágrimas rebeldes cayesen confundidas con las lágrimas de la de Casa-grande.

Llegó el tren, subióse el viajero á un modesto coche de tercera seguido de Rosa que no terminaba de decirle adiós. De un puñado de flores que adornaba su pecho, arrancó una, que entregó á su novio, diciéndole:

—Cuando puedas darme la noticia de tu regreso me envías con ella esa flor de albahaca, que será precursora de tu llegada.

Guardóla él con gran cariño, y dándole el último abrazo, hizola bajar, pues en aquel momento daba la voz de salida el mozo de estación. Sonó la máquina y un ¡adiós! postrero de Ramón, fué contestado por todos los vecinos.

Inconsolable, volvió Rosa para su casa, y por más que los vecinos trataban de distraerla, ella no dejaba de recordar al inolvidable Ramón.

Dos meses después recibía una sentida carta, donde le noticiaba lo feliz de su viaje, y que solo á costa de muchos trabajos, podía ganar un pequeño salario; participábale á la vez que el dolor de verse lejos de su patria y de sus más queridas personas, le atormentaba muchísimo, y que deseaba volver cuanto antes.

III

Pasaron dos años y ninguna otra noticia volvió á tener Rosa. Hallábase muy acongojada, sin saber á qué atribuir tal olvido; la ausencia de Ramón causábale indecible amargura. Pasados algunos días, recibió al fin, una carta; al abrirla, cayó una marchita flor de albahaca. Gran alegría inundó su corazón siempre triste y besando la flor, se decía— ¡Yaviene!

Pero cual sería su disgusto al leer que Ramón, después de estar año y medio en la cama de un hospital, había muerto víctima de enfermedad muy conocida y llamada *morriña* por los gallegos allí residentes.

Antes de morir, fueron á verle varios paisanos amigos; él sacando de su pecho la flor que Rosa le había entregado, les rogó la enviasen á su novia.

Estos cumplieron sus últimos deseos; era su única herencia.

IV

En la iglesia parroquial donde había recibido Ramón las aguas del bautismo, celebrábase un mes más tarde una fúnebre función. A la puerta de la iglesia había un féretro, adornado por linda corona de blanquísimas flores.

Era el entierro de Rosa de Casa-grande la cual, no pudiendo soportar su gran dolor, falleció dos meses justos después de su novio Ramón.





JUGAR CON FUEGO

I

Una tarde en que Enrique, guiando los briosos alazanes de su faetón, cruzaba en desesperada carrera el paseo de Los Tilos para ganar cuanto antes el camino que bordea el río, se fijó en la arrogante figura de una mujer que, acompañada de su doncella, subía en dirección contraria, contoneándose, jugueteando con la elegante sombrilla que llevaba abierta para preservarse de los rayos solares y llamando la atención de todos los paseantes por la gentileza de su soberbio talle y la riqueza irreprochable de su indumentaria.

Apenas tuvo tiempo el joven sportman de saborear á su gusto la magnífica visión, porque los caballos trotando muy largo, casi al galope, como desbocados, arrastraban, corriendo vertiginosamente, el ligero coche, solamente ocupado por Enrique y su lacayo. Pero obsesionado, recordando la encantadora mujer, tiró repentinamente de las riendas y describiendo un semicírculo inverosímil, tornó de nuevo al paseo de Los Tilos, ansioso de conocer á la hermosa.

Allí estaba sentada en uno de los bancos de hierro que sirven de adorno á la entrada de los jardines. A su lado veíase una joven que á juzgar por su traje sencillo y modesto y su aspecto un tanto rústico, debía ser la doncella, fiel confidente de la deidad. Ambas sostenían animada plática, tal vez excesivamente familiar y que denotaba íntima confianza entre ama y criada.

Enrique echó pié á tierra y despidiendo el coche paróse á examinar el cuadro que se ofrecía ante su vista.

En verdad que era digno de la paleta de un artista si hubiera alguno capaz de trasladar al lienzo la riqueza de detalles de aquel rostro, la pureza de líneas de aquel cuerpo escultural y supiera sorprender las graciosas contracciones de aquella boca, cuando al sonreirse dejaba entrever la piña de perlas que formaban los menudos y niveos dientes.

La pareja que ocupaba el banco destacábase sobre el fondo de verdura, entre las flores que comenzaban á abrir sus corolas al suave calor del tibio sol primaveral. Contrastaban notablemente los finos y aristocráticos modales de la elegante dama con las maneras rudas y rufianescas de la doncella.

Al advertir la hermosa el espionaje de que era objeto por parte de Enrique, irguióse airosa, y seguida de su acompañante, tomó por la calle Ancha el camino de la ciudad.

Había que verla, altiva, arrogante, nerviosilla, más bien alta que baja, ni gruesa ni delgada, de esbelto falle, seno incitante y andares de reina; de mirada dulce y expresiva y negro cabello, que dejaba asomar bajo los lazos y plumas de su sombrero coquetón.

A muy corta distancia de las mujeres caminaba Enrique, que embelesado no perdía ninguno de los

movimientos de la beldad, profundamente interesado por su desconocida y trazando un plan de asedio, estudiando el medio de contemplarla de cerca, de hablarle, pero sin acertar con la medida que debiera adoptar para conseguir su propósito.

En un momento de decisión, apuró el paso y pronto logró colocarse al lado de la hermosa.

—No sé si pecaré de atrevido—dijo saludándola con todos los respetos debidos.

—Caballero, está usted perdonado—se apresuró á interrumpir la dama. Y prosiguió afectuosa.—El honor es para mí, ya que se brinda usted á ser mi acompañante.

—No acierto á expresar el agradecimiento por tanta bondad, que no esperaba ciertamente; pero veo que vuestro corazón es tan hermoso como vuestra figura, que me cautiva, me atrae y me inspira profunda pasión. Solo falta para colmo de mi dicha que me permitáis abrigar la esperanza de ser algún día correspondido.

—¡Quién sabe!—exclamó la bella, afectando indiferencia; y dando un saltito al ganar el peldaño que separaba la calle del portal, añadió—Estoy en mi casa que os ofrezco. ¿Gusta usted de subir? No, no dude—prosiguió con viveza,—suba, caballero, suba usted.....

Y Enrique, confundido, anonadado, rojo de vergüenza, sin saber qué hacer y dejándose al fin arrastrar por los insinuantes ruegos, aunque comprendiendo que se trataba de una de tantas mujeres fácilmente conquistables, siguió trás las desconocidas, penetrando en el santuario de aquella seductora dama.

II

La fisonomía moral de la hermosa que en el paseo de Los Tilos atraía las miradas de todos los hombres y excitaba la curiosidad de todas las mujeres, no correspondía á sus cualidades físicas. Hija de acomodada familia, que por azares de la fortuna había perdido su poderío y riqueza, poseía Salomé esmerada educación, pero lanzada al vicio, contagiada con las perversas costumbres de nuevas amistades y compañeras de infortunio olvidara en absoluto los deberes de mujer honrada, conservando únicamente ciertas maneras de las que se servía para mejor seducir y hacer conquistas.

A primera vista cualquiera tomaría á Salomé por una señorita; mas, conociéndola en la intimidad de su hogar, tratándola, oyéndola, observando el desenfado con que se expresaba, su desaprensión, su falta de pudor, la intención maliciosa de sus frases, sus ademanes hombrunos y la refinada coquetería que la dominaba, veíase al instante á la mujer envilecida, á la niña que en lo más pujante de su vida, al alborear la primavera de su juventud, espléndidamente hermosa, cual mariposilla de alas de oro se ciega ante los destellos de la luz y parece abrasada por esos mismos rayos que la subyugaban y atrían, fascinándola.

Salomé ignoraba por completo lo que es amor; era voluble, tornadiza; amiga de todo lo desconocido, anhelaba tener una corte de adoradores que la adulasen, la enamoraran y le satisficiesen sus caprichos y sus gustos para lucir su belleza en los paseos, en el teatro, en los toros, en calles y plazas, provocando la envidia de las compañeras y amigas.

Su verdadera pasión era el lujo: si pudiera, estrenaría cada día un traje, llevaría á cada función de teatro distintas joyas, arrastraría coche, recorrería las mejores poblaciones y habitaría un *chalel* dotado de todos los refinamientos del buen gusto, rodeado de todas las comodidades imaginables.

No pensaba más que en derrochar y se enorgullecía cuando se le brindaba un nuevo amor, cada vez que á su larga lista de apasionados sumaba un nuevo amante. A todos fingía cariño, ella era la mujer exclusiva de muchos, pero en realidad su corazón no latía para ninguno, ocasionando esta incalificable conducta disgustos y desazones, riñas y disputas.

Indecible fué la satisfacción que sintió al conducir hasta su *boudoir* al joven sportman Enrique del Campo, muchacho rico, muy conocido en la población, alegre, decididor, aficionado al mujeriego y sempiterno admirador de las hembras y más si eran tan barbianas y de tan buena estampa como Salomé.

Desde los primeros momentos comprendió la importancia y bondad de aquella conquista. Enrique era magnífico filón explotable, un adorador al cual podría recurrir para salir de apuros, para costearle un abono en el coliseo, para obtener un palco en las corridas, para satisfacer una cuenta de la modista y tal vez para pasearla en su faetón tirado por los negros caballos de raza normanda!

Por su parte Enrique nada temía de Salomé. Tratábase de una mujer hermosa, que resultaba más asequible de lo que él se había creído en un principio, divertíriase á su gusto, pasaría una buena tarde, escanciárianse unas cuantas copas de espumoso champagne y..... no volvería á recordar en su vida la dicha que pasa, la flor marchita, el sol que muere, la gota de agua que se evapora.

Ya estaba repuesto de la impresión primera. Salomé era bonita; pero él se había equivocado, no era la mujer capaz de sentir amor por un hombre; las apariencias le habían engañado, circunstancia que no dejaba de inquietarle, porque no era él tan primerizo en lances amorosos que no supiera distinguir pronto, para saber á qué atenerse.

Por primera vez en su vida se había llevado solemnísimo chasco.

III

A hora muy avanzada de la noche abandonó Enrique la casa de Salomé, después de divertirse á más y mejor.

El líquido espumoso había corrido abundante, el amor mentido tomara buena parte en la fiesta y la dama seductora, haciendo gala de su femenina habilidad y de su talento y poniendo á contribución todos los resortes imaginables, procurara hacerse agradable á los ojos del joven, mostrándose enamorada, tierna, dulce y amorosa, sin revelar interés de otro género que el de aprisionar el corazón de su espontáneo acompañante, de su improvisado adorador.

El se había propuesto desempeñar bien el papel iniciado en el paseo de Los Tilos y aunque un tanto más reservado, correspondía á los mimos, jurando eterno amor, si eterno amor le pedía Salomé, haciendo promesas, alentando esperanzas, dispuesto en fin á no vivir para nadie que no fuera aquella encantadora hechicera.

Pero en realidad las palabras de Enrique las llevaba el viento, los juramentos eran de mentirijillas y firme en su propósito, olvidaría tan pronto saliera de allí todo lo pasado, como se olvida la pa-

reja de baile que una noche proporciona solaz y recreo.

Bueno fuera que él se enredara así con una pecadora elegante, zalamera, capaz de trastearle, de llevarle al pináculo del ridículo, dejándose engañar de falaces palabrerías como si se tratara de algún estudiantillo novato en la materia!

A él le gustaba Salomé, le seducía su incomparable belleza, le prendaba su conversación agradable, advertía en ella algo extraordinario que la apartaba de la generalidad de las mujeres alegres que había conocido hasta entonces, pero como se había forjado otros sueños, como al admirarla en el paseo, la había creído pura, sentimental, honrada, el desencanto, la desilusión fueran horribles.

¡Ea! La amorosa aventura de aquella tarde la daría al olvido, no volvería á pensar en Salomé, ni en la elegante dama que ocupaba el banco de los jardines, ni en la mujer adorable del *boudoir*; la primera había desaparecido con la segunda y esta resultaba peligrosa, por reunir atractivos suficientes para comprometer el corazón más duro y hacerse amar de cualquiera.

Pensando, pensando, Enrique se pasó la noche en claro, sin poder apartar de su imagiuación el recuerdo que intentaba borrar á fuerza de maduras y razonables reflexiones. Sorprendióle el día sin haber conciliado el sueño y á los inciertos resplandores de la naciente aurora que lentamente iban iluminando su lujoso gabinete, creyó ver de nuevo ante sí á la hermosa, cuya boca, entreabierta por graciosa sonrisa, le ofrecía apasionados besos y cuyos ojos, mirándole fijamente, le fascinaban y atraían, sintiéndose feliz al ser estrechado entre sus brazos, oyendo sus amorosas frases, gozando el calor de sus caricias..... Una fuerza irresistible, sobrenatural, le impedía desasirse de aquel lazo, quería apartarse de la mujer peligrosa, pero le fal-

taban ánimos, el corazón le latía con violencia, sentía gran pesadez de cabeza y abandonándose, como dominado por extraño sopor, desvanecido, entregóse por completo á los brazos que le aprisionaban dulcemente, reclinando su cabeza sobre el pecho de la amada.....

Las horas se deslizaban rápidas al lado de Salomé, á quien él contemplaba atónito, embobado, descubriendo á cada paso mayores atractivos, encantos nuevos. Sentíase orgulloso admirando tal dechado de belleza y experimentaba una sensación tan grata oyendo los suaves acentos de su voz que juraría no haber escuchado en su vida música mejor ni más hermosa.

No cabe duda, el hada misteriosa del amor había apoderado de su corazón y sería ya insensatez pretender escapar de las redes, tejidas por invisibles dedos, donde se sentía dichoso, colmado de una felicidad presentida, pero no gozada jamás, que le obligaba á gustar el cáliz del placer apurándolo hasta las heces.

Bien quisiera Enrique prolongar cuanto le fuera dable aquellas horas, breves como la dicha que pasa, fugaces como luciente estrella que un instante brilla intensa en el espacio, más, á los fulgores de la luz estremeciése y apartando los rizos de su ensortijado cabello que le cubrían la frente, abrió los ojos, despertóse del letárgico sueño y volvió á la realidad de la vida. Todo había sido ilusión, producida por su imaginación calenturienta é inspirada por el amor que sentía hacia la gentil y graciosa Salomé.

No bastaban los fríos argumentos que aducía la razón, aconsejándole eterno olvido, el corazón, que según la musa popular es la perdición de los hombres, le ordenaba muy distinta cosa, dictábale amor profundo y no había freno posible para contener el impetuoso desbordamiento.

IV

No pasó mucho tiempo sin que se hiciera pública la noticia de los amores de Salomé y Enrique.

Ella, firme en su propósito, seguía mintiendo cariño, fingiéndose enamorada y él, cada día más entusiasmado, orgulloso de querer á mujer de tan peregrina hermosura, abrasado su pecho por las caricias que ella le prodigaba, no vivía para nadie que no fuera su Salomé.

La elegante pecadora ya no habitaba la misma casa donde Enrique la conoció íntimamente; desde hace tiempo ocupaba un lindo entresuelo, lujosamente amueblado, no recibiendo en su *boudoir* otras visitas que las del joven sportman, al decir de ella, pero manteniendo amistades de otras épocas, si hemos de creer los rumores de la vecindad maldiciente. A los ojos de Enrique la casa de Salomé es un santuario impenetrable y la dueña una Susana, una casta mujer, merecedora de la palma de laurel y corona blanca, sino fuera por el inoportuno recuerdo que su pasado evocaba.

¡Ah! Su pasado! Una mujer con historia por muy hermosa que sea, por muy buenos sentimientos que tenga, siempre será ante la sociedad cruel, despiadada, que no perdona faltas juveniles, ni extravíos de locos, un ser degradado, un puñado de cieno arrojado sobre una familia, una mancha imborrable que empaña el brillo del más ilustre nombre.

Y esta consideración que surgía á cada momento en la mente del apasionado amante de la sin par Salomé, bastaba para producirle torturas y amargarle la dicha inefable que le poseía, viéndose correspondido por la mujer ensueño de sus amores. Sin embargo, estaba decidido á todo, por nada ni por nadie dejaría de amarla; la vida pareciale im-

posible, la existencia inútil, si un día transcurriera sin mirarse en los encantadores ojos de la elegida de su corazón. Era ya ridículo seguir concretado á las visitas de hora fija; quería tenerla siempre á su lado, llamarla suya con todas las licencias que las leyes requieren; la llevaría al altar, le daría su nombre, sería su esposa.....

Cuando Salomé se enteró de los propósitos que animaban á Enrique, rióse desdeñosa primero, mostróse incrédula después, y, bien por considerar pasajera semejante idea, acaso por no creerse digna de tanto honor, ó tal vez por inspirarle lástima su adorador empedernido, contra lo que esperaba él, Salomé le oyó indiferente, con una frialdad capaz de helar la sangre.

En realidad la causa de no entusiasmarse ante las promesas espontáneas que le hizo Enrique, hijas de su amor, nacidas al calor de su vehemente pasión, estribaba principalísimamente en que ella solo sentía hacia él el afecto que produce el continuo trato con una persona de quien nos consta que nos quiere con toda su alma, ella ni de Enrique ni de otro podría enamorarse por su modo de ser, por su temperamento, por su carácter; á pesar de llevar mucho tiempo en aquel entresuelo, viviendo alejada hasta cierto punto de antiguas amigas, continuaba siendo la mariposa que gusta libar la miel de todas las flores.....

No, no consentiría en una boda; rompería de cualquier manera aunque con ello perdiera su posición brillante, aún á trueque de ocasionar muy serio disgusto á Enrique; jugaría el todo por el todo, era preciso disuadirle y obligarle á desistir de tan absurdo proyecto; si quería continuar como hasta entonces, bien; pero casarse, unirse para siempre á un hombre..., de ningún modo; no quería perder su libertad que tan feliz la hiciera, sin reconocer necesidades, adulada y querida de muchos, respe-

tada por sus compañeras y admirada su belleza en todas partes.

Sería un suicidio su boda y ella amaba la vida, era muy joven, todavía podría gozar á sus anchas, brillar en teatros, hacer conquistas en calles y paseos, trastornar á más de cuatro gomosos y reirse en las propias barbas de algunos viejos que echando llamaradas de amor por los ojos la seguían corriendo cuanto sus gastadas fuerzas les permitían.....

V

Salomé, vestida negligentemente, entreteníase cierta mañana en hacer su tocado, mirándose coqueta en la amplia luna de su espejo, que reflejaba el busto apenas oculto por los encajes de finísima seda, adorno de sus ropas interiores.

Acababa de peinarla la doncella y pretestando asegurarse de la habilidad que para complacer á su ama tenía la fiel sirvienta, acercóse al espejo y contemplóse á su sabor, devolviendo al confidente graciosas sonrisas como premio á los agasajos de que le hacía objeto.

Salomé no pudo resistir la impresión que su retrato exacto le produjo y dominada por la idea que no se apartaba un instante de su imaginación, sin poderse contener, exclamó en alta voz.

—¡Dios mío! Con esta cara, con este cuerpo y esta belleza espléndida que pródiga me concedió la naturaleza, ¿debo entregarme por entero á un solo hombre, renunciando para siempre á mi libertad, sujetando mis gustos, mis antojos y caprichos á la voluntad de un esposo? No—añadió sollozando— aunque Enrique se empeñe, no llegará jamás á vencerme. Cierto que él me adora con toda su alma,

que ansía hacerme dichosa y por labrar mi felicidad daría su vida si preciso fuera, pero yo no siento hacia él esa pasión tan intensa, no llevo mi cariño á tales extremos, él está loco, yo por ahora conservo mis cinco sentidos. Lo grave está en que no puedo aducir ante él en mi defensa estas razones, porque me cree enamorada, juzga mi amor por el suyo y si le revelo la verdad, si le digo que le quiero como se estima á un buen amigo, que para mí será siempre el preferido, el favorito..... y nada más, tornarse furioso el loco manso, reprochará mi conducta y ¡Dios sabe lo que hará al verse víctima de mis embustes....!

Y calló, interrumpiendo su monólogo, porque sonó estridente el timbre y casi al mismo tiempo penetró Enrique en el gabinete radiante de alegría, henchido de felicidad, gritando: Salomé, Salomé de mi vida, somos dichosos!

—Pero calla! ¿Qué tienes, bien mío? ¿Porqué lloras?—dijo al advertir las lágrimas que empañaban los rasgados ojos de su adorada.

—No te aflijas—replicó ella, dominando su emoción.

Y aparentando una serenidad que estaba lejos de sentir, atrayendo á Enrique, estrechándole fuertemente, tomaron asiento en el diván, él pálido, mudo, sin acertar á explicarse su situación, ella mimosa, sonriente, como si las lágrimas que pugnaban por escaparse fuesen producidas por la dicha.

—Sepamos el motivo de tu alegría, querido Enrique.

—Explicame antes la causa de tu pena, y de ese modo, al saber á que obedece mi visita extraordinaria, desaparecerán por completo tus lágrimas y conmigo exclamarás: ¡Somos felices!

—No vayas á dar importancia á mis sollozos; eran producidos por recuerdos tristes de la niñez. Dime: ¿porqué vienes tan contento? ¿A qué se debe

esta visita no acostumbrada? ¿Tienes celos? ¿Prendiste sorprendeme? Enrique, créeme: los celos no son amor; son engendro del egoísmo.

—Vamos, Salomé. ¡Qué cosas tienes! Vengo á decirte que nos casamos, que esos alegatos tuyos de si mi familia no consentiría, de que no quieres ser mi desgracia y mi ruina y ocasionarme rompimiento absoluto con mis padres, han desaparecido. Anoche abordé la cuestión y convencidos de que te adoro y de que el corazón no razona, me permiten que te llame mi esposa, aunque imponiéndome condiciones, como es natural.

—¿Cuáles son?—preguntó Salomé, deseosa de hallar algo en que apoyarse para insistir en su negativa.

—Te diré: que no viviremos en mi casa; que mi familia se relacionará conmigo, pero que tú serás la dueña de mi albedrío y nuestro palco no será el mismo que ocupen ellos en el teatro; que el día de mi boda será de luto en mi familia y..... por este camino sigue cuanto quieras, porque después de todo nada habrá de importarnos. Nos señalan nuestra renta, iremos á vivir á otra población, tendremos casa lujosamente amueblada, una quinta en las afueras, coche, criados, haremos viajes, viviremos felices ¿qué más podemos ambicionar?

—Yo nada, ciertamente; pero tú, separado de tus padres, que te perderán todo el cariño, que vivirán en continuo disgusto, que se morirán de pena por causa mía..... Imposible, Enrique mío, imposible que yo tolere infamia semejante. Porque te quiero, porque para mi la vida á tu lado, aislado por los recuerdos de tus pobres padres, aislado de tus amigos, sería muy ingrata, no consiento que cometas locura tal. Me sacrifico gustosa por tí; hoy, á mi lado, ahora, en este momento eres feliz; mañana, casado, en mis brazos, serías un desgraciado. Mis cariños te evocarían recuerdos tristísimos y te

quiero demasiado para no incurrir en una tontería y acarrearle el infortunio.

—Pero ¿qué dices, chiquilla? Sería gracioso que después de conseguir un triunfo en mi casa, hubieras de ser tú la que se opusiera al logro de mis aspiraciones! Allí sermón; que no debí ahondar tu cariño; que mujeres como tú son peligrosas, porque pueden turbar la paz de mi futuro hogar y traerme graves disgustos; que esto es consecuencia de no haber hecho caso de advertencias oportunas, que jugaba con fuego..... en fin toda una catilinaria sentimental á ratos, furibunda, cruel, otras veces. Y aquí, al hacerte participe de mi dicha, anhelando desquitarme del pasado sinsabor, tropiezo con tus extravagancias, con tus peregrinas teorías y tus ridículos sentimentalismos, pues no; nos casamos. Serás mía, pese á quien pese. Después de todo, según decís, el único que ha de sufrir las consecuencias de mi extravío, de mi locura, soy yo. Cargó con todo.

Y al decir esto, observó Salomé en Enrique tal decisión y firmeza que le heló la sangre.

Mas, respuesta, abandonó el asiento, y altanera colocóse frente á frente de su interlocutor y relampagueando en su mirada la desesperación que le producían las palabras de Enrique, perdida su habitual serenidad, dijo con aplomo de gran convicción.

—Antes me levanto la tapa de los sesos, que me caso.

—Pues morirás ó te casarás conmigo.

—¿Casarme? ¡Jamás!

Y marchando resuelta á la habitación contigua, encerróse, dejando atónito, furioso al loco manso, al enamorado Enrique, que no podía darse cuenta de cómo había arraigado tan profundamente en su corazón un amor pasajero, iniciado en vulgar aventura.

VI

A la violenta escena de aquella mañana sucedieron otras, cada vez más serias, en las cuales se cruzaban las más terribles amenazas.

Salomé deseando poner término á vida tan acidentada, intentó desaparecer ocultándose en la casa de una íntima amiga hasta poder abandonar la ciudad; pero Enrique, que había previsto el caso, tenía adoptadas todo género de precauciones y una noche, al querer ella escaparse, salióle al encuentro, intentando impedir la fuga.

Íntil empeño.

Salomé sacó por debajo del largo manto que la ocultaba diminuto revólver con incrustaciones de nácar y quiso amedrentar á Enrique. Este en el paroxismo de su dolor disparó el suyo, dejando en medio del arroyo una mujer sin vida y un charco de sangre.

Mientras en la calle se promovía el consiguiente escándalo, Enrique, seguro de que Salomé quedara muerta, corrió á su casa, penetró en su gabinete y apretando entre sus dedos el arma homicida, presa de febril excitación, llevóse á la boca el cañón del revólver, oprimió el gatillo y su cuerpo rodó por la estancia, espirando el infeliz después de lenta y horrible agonía.





EL SANTO DE ESPALDAS

—Pero, lo que V. me dice ¿es cierto?

—Sí, señora; desgraciadamente es ciertísimo. Y yo no sé qué hacer; estoy disgustada, no se me borra de la imaginación el hecho y aunque son contadas las horas que me hallo en casa, tan pronto penetro en mi habitación me ocurre una cosa extraña, que no acierto á explicar. Ruegue á Dios por mí, querida amiga, que nunca tanto he precisado de la poderosa ayuda del Divino Redentor!

—Adiós, señora Sofía, que Dios la consuele y San Antonio deponga su enfado. ¡Jesús! ¡Ave María Purísima!

Y así, implorando los auxilios del cielo, separáronse ambas interlocutoras, tristes, pensativas, arrasados los ojos en lágrimas y sin poder contener los hondos suspiros.

La señora Sofía como siempre, cuando tenía un momento desocupado, se dirigió á la catedral para postrarse de hinojos ante el altar sagrado, y su amiga, murmurando por lo bajo una oración, obsesionada con la sencilla y amarga historieta, se perdió entre las sombras que proyectaban, á la incierta luz de una tarde que muere, las gigantescas torres de la basilica.

La señora Sofia era una mujer muy religiosa; constantemente tenia el corazón puesto en Dios y si sus obligaciones de despachar géneros tras el mostrador del comercio que en compañía de otra buena mujer había establecido para obtener el diario sustento, le permitieran entregarse por completo á sus devociones, á sus lecturas de místicos doctores, á sus rosarios interminables y á los ejercicios que los libros de su menguada, pero escogida biblioteca aconsejaban, de buena gana no hubiera tenido otros quehaceres.

De vez en cuando agradábale echar unos párrafos con sus amigas; enterarse del estado de salud de los sacerdotes del pueblo que más se distinguían por su asiduidad al confesionario, por su celo en favor de las almas ó por su elocuencia en el púlpito; gustábale también, aunque no con el fin de saber vidas ajenas, sinó guiada por el santo celo de rogar al Señor por los pecadores, conocer los pasos y aventuras de la gente joven maleante, y á pesar de enterarse con mal disimulada satisfacción de las faltas que se registraban en las intimidades de las familias, ella no tenía la culpa en honor de la verdad, de que hubiera gentes que le llevasen cuentos á su comercio.

Vivía Sofia una vida tranquila y apacible como se revelaba claramente en su aspecto exterior; los cuidados de su pobre tienducha no le proporcionaban grandes sinsabores; y, sin familia ni parientes, preocupábale poco el porvenir, segura de que si las dos mil pesetitas en que consistía su capital, fruto de ahorros y privaciones durante su vida de criada, no le llegaban para sostenerse el día que la salud le impidiera continuar con el comercio, había un santo hospital donde las solícitas hermanas de la Caridad le prodigarían cariñosas atenciones.

No hay que decir que Sofia lo pasase mal, ni que le faltasen proposiciones más ó menos acepta-

bles si desease rendirse á la coyunda matrimonial, porque aparte del capitalcito, era una mujer de buen ver, fresca, arrogante moza, á pesar de sus cuarenta años cumplidos, de terso y sonrosado cutis, unos ojos alegres y soberbio talle, no obstante hallarse excesivamente gruesa; pero ella no quería dejar de pertenecer á la asociación de Hijas de María, y además, instintivamente profesaba horror al matrimonio, por considerar que es una verdadera lotería tener la suerte de topar con un hombre bueno, y juzgar interesado el amor que se le brindaba, en la creencia de no reunir atractivos suficientes para inspirar á su edad una pasión noble y honrada.

Juzgábase muy dichosa y feliz por ser libre y poder hacer lo que le viniese en ganas, atendiendo á su tienda y á sus deberes de devota durante el día, y pasando las noches en su cuartito de vecindad, amueblado modestamente, limpio y aseado hasta donde le permitía el deterioro de la desvenecijada casa, de pisos corroidos por el uso, tabiques desiguales y panzudas paredes.

La cama de hierro con relucientes adornos dorados, veíase en uno de los extremos de la habitación; al lado una mesilla de noche de barnizado pino; en el testero una cómoda que guardaba los trapitos de cristianar de Sofia; enfrente un baul con la ropa blanca; unas cuantas sillas de paja, muy nuevas por el poco uso, distribuidas por la estancia, y sobre una mesa, que tenía un pie algo más corto que los otros, la efigie de San Antonio, tallada por ignorado y oscuro escultor, que con buen deseo, pero escaso arte, había hecho un santo que á no tener el niño en brazos y vestir un remedo de burdo sayal, nadie imaginaria fuese la imagen del glorioso paduano.

Pero al decir de Sofia, el santo estaba bendito, había sido siempre su protector, le había recuperado muchas cosas perdidas y era para ella su ido-

lo, su mejor amigo, su fiel confidente, su paño de lágrimas y su consejero.

Jamás se retiraba á su lecho Sofia sin rezar unos cuantos padrenuestros al milagroso San Antonio, después de besar respetuosamente la peana y echar aceite en la lamparilla que noche y día tenía encendida; su última mirada antes de dormir era para el santo y su primer saludo, al despertarse, dirigiólo á la bendita imagen, recitando con religiosa devoción el responso y otras oraciones que se sabía con puntos y comas. Cuando los jardines se cubrían de flores, veíanse sendos ramos en derredor del San Antonio, y todos los martes, durante el tiempo que invertía en sus preces matutinas y nocturnas, ardían las velas de cera que con los jarrones y flores constituían el adorno de la mesa coja, forrado el pie corto con un papel doblado, donde el Santo era venerado por la devota comerciante y empedernida soltera.

Un suceso verdaderamente raro y original vino á turbar la dicha de la buena mujer, que ajena á disturbios y enemiga de promover algaradas, la colocaba en una situación triste, tristísima, capaz de acarrearle hondas perturbaciones, dado su espíritu eminentemente religioso y su acendrada devoción al San Antonio.

Celosa de que su efigie venerada no apareciera oculta entre el montón de flores y adornos que había ido colocando á su alrededor, encargara á un carpintero nueva y elegante peana de bien tallada madera de castaño, sobre la cual se elevaba airosa la imagen querida. Mas, como si la mejora introducida en el improvisado altar no fuera del agrado del santo ó si la devota hubiera incurrido en grave pecado, sucedía que desde la innovación, el santo volvía la cara hacia la pared y por mucho que Sofia se esmeraba en ponerlo frente á su cama cuando regresaba á casa lo hallaba vuelto de espalda.

Diríase que era cosa de milagro: llegaba Sofía y el santo estaba en actitud de enojo. Acercábase ella, besábale cariñosamente, estrechábale entre sus brazos con ternura, rezábale todas las oraciones que sabía, encendíale las velas, atizaba la lamparilla y el San Antonio no se movía, parecía más bien que escuchaba atento los insinuantes ruegos y las fervientes súplicas.....

Y si rendida por el cansancio ó vencida por el sueño, se ponía en pie con el propósito de acostarse, sin apenas disponer del tiempo preciso para arrebujarse en las blancas sábanas, al dirigirle la mirada de despedida, el santo ya había dado media vuelta.

Levantábase de nuevo para colocarlo en la situación debida y el santo, aunque con tendencias siempre á cambiarse, permanecía fijo, inmóvil hasta la mañana siguiente; y en tanto Sofía se entregaba á la cotidiana labor de arreglar su cuarto, el San Antonio tornaba á dar la espalda á la afligida mujer.

Al marcharse á su tienda, poniale de frente, cerraba con cuidado la habitación, segura de que nadie podía penetrar allí sin que ella lo advirtiera, pero, de noche ó de día, al volver, hallábase con el santo de espaldas, sin acertar á comprender la causa de prodigio semejante, sin poderse explicar los motivos que existían para que su mejor amigo, su fiel protector obrara un milagro en contra suya.

¡Eran de ver las justificadas angustias de la pobre Sofía!

Ella de ordinario alegre, comunicativa, complaciente con sus parroquianos, decidora y sonriente con sus amigas, habíase vuelto taciturna, reservada, triste y melancólica; hablaba poco, y cuando se quedaba sola, retirábase tras las piezas de percales y daba rienda suelta al llanto entre sollozos

y suspiros, ofreciéndole constantemente su calenturienta imaginación la presencia del santo con la cara hacia la pared.

La compañera de Sofía, enterada del extraordinario suceso, respetaba su justo desconsuelo y creía á pie juntillas que efectivamente el San Antonio estaba resentido con su devota confidente; y el reducido número de amigas á quienes Sofía había confiado el secreto, lamentaban con ella el milagro, dándole consejos de todas clases para que llegaran santo y devota á una conciliación; pero, nada, ni misas, ni oraciones, ni limosnas, ni abstinencias y ayunos, ni otros actos de mortificación y piedad contenían al San Antonio, que no podía estarse quieto tan pronto alguien penetraba en la antes alegre y después sombría mansión de Sofía.

Sin embargo, aquella tarde, cuando las sombras densas de la noche iban extendiéndose y en lo alto de la torre sonaban acompasadas, graves y vibrantes las campanadas de la oración, Dios quiso escuchar los ruegos de las dos mujeres que momentos antes se habían separado consternadas, pensativas y tristes.

Un rayo de luz iluminó la corta inteligencia de Sofía que, de rodillas, sumisa y poseída de cristiana resignación, oraba ante el altar. Creyó oír una voz que le decía:—Consulta el caso con tu confesor, sacerdote ilustrado, prudente y á propósito para darte un consejo.

No esperó más. Allá se fué en busca del confesor y menos abatida, animosa, segura de que allí encontraría la llave del enigma, relató sin omitir detalle alguno lo que venía ocurriéndole desde algún tiempo.

No se escapó á la perspicaz penetración del confesor que aquella pobre mujer, su antigua penitente, era víctima de alguna pesada broma, que de continuar pudiera costarle la vida, porque, según

manifestación de la misma Sofía, no tenía apetito, dormía poco y parecía siempre sobresaltada, y para mejor apreciar la verdad del extraño milagro, designóle una hora con objeto de presenciar el movimiento de San Antonio y cerciorarse por sí mismo de todo.

Hízolo así, y ya en la habitación observó el sacerdote que efecto del viejo estado del piso y por la especial disposición de la mesa coja, al imprimir movimiento á las mal unidas tablas del pavimento, por no ser completamente plana la nueva y flamante peana del santo, éste, cediendo á los vaivenes, giraba paulatinamente, hasta volver la espalda.

Desde entonces, gracias al previsor clavo con que sujetó el sacerdote la imagen á la peana, el San Antonio no ha vuelto á incomodarse con la devotísima Sofía.



ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Prólogo.	5
Palabras de los hombres.....	7
Promesa cumplida.	17
Positivismo.	23
El ramillete de flores.	29
Desencanto.	35
La orla.	41
Prenda de amor.	47
Agua de colonia.	57
Vanidad y pobreza.....	61
En grave aprieto.	69
Los cabellos de Mónica.	73
Amor al arte.	81
Flaquezas humanas.	85
Castigo merecido.	93
Perico el herrero.	97
¡Heroísmo!	107
La última alborada.	115
La flor de la albahaca.	121
Jugar con fuego.	125
El santo de espaldas.	141

J VEGNA BLANCO
BORRONGES
CUIEMTOS

PB
5130